

Carmencita esperando el amanecer en Recanati es un homenaje teatral a una mujer sorprendente, plena de rincones luminosos por los que transitar. Ella es mucho más que la Colombine, porque su figura fundacional rompe los velos de la injusticia y la desigualdad de género y camina con fuerza por la modernidad del siglo XX.

En este teatral juego de espejos, Carmen de Burgos conversará con el pasado, el presente y el futuro, y sus interlocutores serán las sombras de su conciencia y sus recuerdos.

Concha Fernández Soto es doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Almería, profesora de Enseñanza Secundaria e investigadora teatral. Sus líneas de investigación se han centrado mayoritariamente en el estudio del teatro entre siglos y sus relaciones con el género, la memoria histórica y la interculturalidad. Ha realizado diversas ediciones críticas teatrales: *Errores del corazón*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda (Arcibel Editores, 2008); *Las Vengadoras*, de Eugenio Sellés (Biblioteca virtual de Andalucía, 2014); *Los mares de Caronte* (Fundamentos, 2016) y *Sillas en la Frontera* (Editorial UAL, 2019), en la que publica su última obra teatral, *Mª Teresa León, Rosa Fría, patinadora de las estrellas*.



R

CARMENCITA ESPERANDO EL AMANECER EN RECANATI

Carmencita esperando el amanecer en Recanati

Homenaje teatral a Carmen de Burgos

Concha Fernández Soto



Benilde

B. n. l. d. e.





**CARMENCITA ESPERANDO
EL AMANECER EN RECANATI**

**Homenaje teatral a
Carmen de Burgos**

Ben. L. D.

**CARMENCITA ESPERANDO EL AMANECER EN RECANATI
HOMENAJE TEATRAL A CARMEN DE BURGOS**

©Concha Fernández Soto

©Asociación Cultural Benilde
Mujeres&Culturas,
Culturas&Mujeres
Sevilla 2020

BENILDE EDICIONES
<http://www.benilde.org>

DISEÑO
Eva Moreno

IMAGEN DE PORTADA
Pepa Cobo

ISBN 978-84-16390-87-8

Colección Benilde Teatro, directora Milagros Martín Clavijo

Comité Científico Internacional: Antonella Capra (Universidad de Toulouse); Javier Carou (Universidad de Santiago De Compostela); Luciana D'Arcangeli (Universidad de Flinders); Alessandra De Martino Cappuccio (Universidad de Warwick); Loreta de Stasio (Universidad del País Vasco); Juana Escabias (dramaturga, UNED); Ilona Fried (Universidad de Budapest); Eva María Moreno Lago (Universidad de Sevilla); Florinda Nardi (Universidad de Roma "Tor Vergata"); Andrés Pociña (Universidad de Granada); Pasquale Sabbatino (Universidad de Nápoles "Federico II"); Verónica Pacheco Costa (Universidad Pablo Olavide de Sevilla); Marina Rosenzvaig (Universidad de Tucumán).

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo.

**CARMENCITA ESPERANDO
EL AMANECER EN RECANATI**

**Homenaje teatral a
Carmen de Burgos**

Concha Fernández Soto



Índice

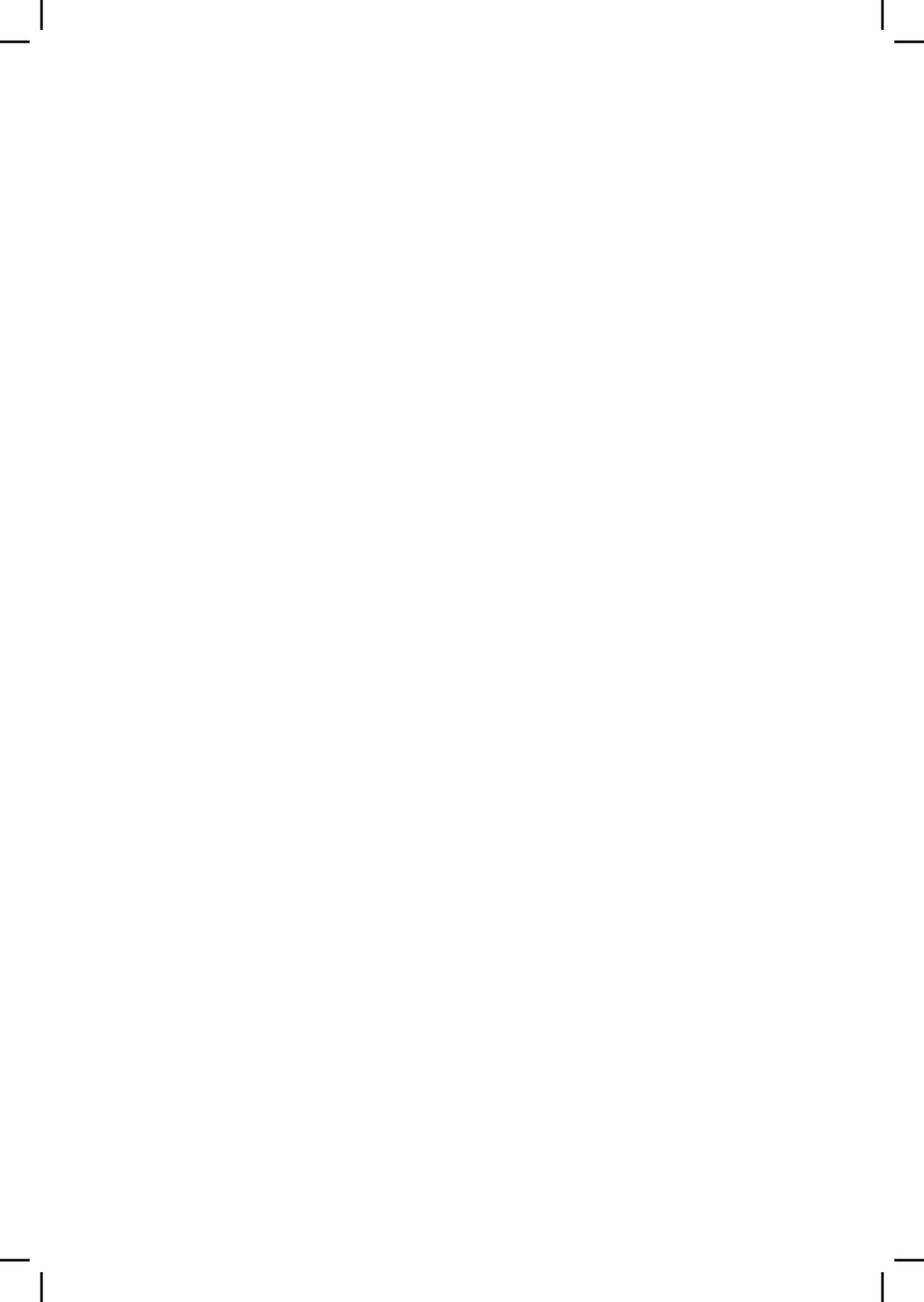
| | |
|-------------------------|----|
| Se abre el telón | 11 |
| Por Mar de los Ríos | |

CARMENCITA ESPERANDO EL AMANECER EN RECANATI

| | |
|---|-----|
| ACTO PRIMERO | 17 |
| ACTO SEGUNDO | 19 |
| EPÍLOGO | 623 |
| ÚLTIMA NOTA DE LA AUTORA | 64 |
| | |
| Mutis. Agitando Mundos | 72 |
| Por Mariángeles M. Gallegos | |
| Sobre la ilustración de la portada | 76 |
| Por Pepa Cobo | |



A mis actrices, Joaquina, Fani, Judith y Teresa.



Se abre el telón

Querido espectador, querida espectadora, querido lector, querida lectora:

Les aviso, conocer a Carmen de Burgos significa enamorarse perdidamente y sin remedio. Representa la encarnación de muchas vidas en una, pero, por encima de todo, ella es lo que su nombre sugiere: pasión, superación, modernidad y lucidez. No todas las mujeres pueden llamarse Carmen, esta sí, y por eso, simplemente prepárense para ser deslumbrados.

Almeriense, nacida en 1867 en el corazón de la ciudad y criada a la orilla del Cabo de Gata, vive algo más de sesenta años en dos etapas bien diferenciadas y que podrían corresponder en realidad a dos mujeres distintas.

La primera, Carmencita, abarca hasta sus 34 años y es donde transcurre su infancia, su juventud y su matrimonio. En ella se forja la niña librepensadora y la posterior mujer encarcelada en un matrimonio desgraciado y de maltrato, donde, sin embargo, aprenderá la profesión de periodista y escritora como parte de su condena. Encerrada en el sótano de la imprenta familiar comenzó su transformación. Allí se curte y traza el plan de su segunda vida. Para ello estudia en secreto Magisterio y con ello obtiene el pasaporte a su libertad. Ya tiene un sueldo del que vivir. Entonces abandona Almería y a su marido, en 1901, llevándose con ella a sus dos auténticos amores: su única hija de cinco años, María, superviviente de los cuatro hijos que tuvo, y

su hermana Katty, su soporte vital. Ha decidido renacer en Madrid como la otra Carmen, la imparable.

La segunda Carmen de Burgos es la *Colombine*. Y así resurge encarnada en su libertad para crecer como un hermoso árbol de largas y frondosas ramas durante sus siguientes treinta años. En esta etapa es donde la mariposa salida de la crisálida, de tanto sufrimiento y estudio, alza su vuelo por el mundo y se convierte en un elemento crucial sobre el que se cimenta la modernidad, la suya propia y también la de este país en el primer tercio del siglo XX. Esta Carmen es: maestra, periodista con más de 10.000 artículos, primera corresponsal de guerra, escritora de más de 100 novelas y ensayos, política, madre, amante feliz, amiga, filántropa, viajera impenitente... Esta es la Carmen que da vértigo, la dichosa de sentirse útil al mundo, la que es capaz de sacarle partido a cada minuto de su existencia desde sus ojos de mujer sabia. Morirá en Madrid como una celebridad en 1932, recogiendo los frutos de su gran esfuerzo por transformar la realidad del rancio país en el que nace. Se va en paz, rodeada de las lágrimas de los artífices de la Segunda República y de la que formaba parte incontestable. Carmen se aleja de los vivos con la sonrisa ingenua de la que piensa que todo estaba conseguido por fin y para siempre. Quizá fue una suerte para ella no vivir la monstruosa tragedia posterior.

Y ambas cármenes, a pesar de sus rotundas diferencias, están conectadas en un diálogo constante que trasciende en su obra y en su manera de intervenir en su contemporaneidad. La primera alimenta a la segunda, le da ánimo y resuello para no perderse en banalidades, recordándole la importancia de sentir cada mañana la brisa marinera de su infancia sobre su rostro maduro, esa que le impele a seguir cultivando el amor por el género humano,

poniendo el acento en la precaria manera que significaba ser mujer en la sociedad de su tiempo.

La tragedia de perderla cuanta falta nos hacía, es que la perdemos dos veces. Carmen de Burgos y Seguí nos fue arrancada de las páginas de la Historia cuando, en 1939 el gobierno de Franco la incluye en el puesto noveno de autores prohibidos, perpetuándose así su ignominiosa ausencia hasta el siglo XXI. Es entonces cuando Concepción Núñez Rey publica su trabajo, como resultado de 40 años de recuperación arqueológica de esta especie de faraona que resulta ser nuestra protagonista; la rescata desde las mismas entrañas de la pirámide de la misoginia. Y en la conmemoración del 150º aniversario de su nacimiento en 2017, Almería y el mundo resucitan definitivamente su memoria, devolviéndola a la superficie del acervo cultural, como ejemplo vivo de mujer en todos los sentidos y para todas las épocas posibles. Se suceden los homenajes, los artículos y publicaciones sobre su figura y obra, también se crean dos premios literarios en su ciudad que llevan su nombre, uno de ensayo y otro de periodismo, respectivamente. Todo ello la sitúan en la senda de la recuperación para poder incluirla en nuestro imaginario colectivo en el sitio que se merece y nos posibilita visitar su vida y su producción literaria en el punto álgido en el que ella lo dejó todo.

Y Concha Fernández Soto es la autora que nos ha traído hoy hasta este proscenio, una de las magníficas eruditas de nuestra Almería contemporánea, doctora en Filología Hispánica, profesora de Enseñanza Secundaria e investigadora en la Universidad de Almería, además de una gran dramaturga. Ella ha metabolizado con gran tino la grandeza de Carmen de Burgos y, como avanzadilla a todo lo que queda por escribir sobre ella, la ofrece a las nuevas generaciones en este hermoso formato teatral. En

esta obra, Concha resume con un fino sentido poético y humor la esencia de la mujer y de la intelectual que fue la conjunción de Carmencita y *la Colombine*, una de las más grandes figuras de nuestra historia moderna.

Lo que van a sentir a continuación a través de este texto, es el diálogo de nuestras dos cármenes, aventando o besando con pasión a la gente y a las circunstancias que tuvieron que ver con ella en el devenir de sus intensos años. El todo resultante es un cántico de dos actos que incluye al espectador como coro, donde el verbo apasionado de Carmen de Burgos constituye la verdadera melodía.

Si al pasar esta obra sobre sus sentidos no resultan totalmente obnubilados, si no experimentan ganas de bailar y de abrazar a sus semejantes cuando se levanten de sus asientos, entonces no tendrán más remedio que emprender el camino de baldosas amarillas y confiar en que al Mago de Oz le sobre un corazón sin dueño.

Mar de los Ríos

Escritora, noviembre 2019.

CARMENCITA ESPERANDO EL AMANECER EN RECANATI

Homenaje teatral a
Carmen de Burgos

Concha Fernández Soto

PERSONAJES:

Carmen
Carmencita
Paquita
Ramón
Recluta Gabriel
Niños
Musas
Corifeo

La presente obra teatral tuvo su primera representación en Almería en “El amanecer en la Alcazaba 2018”. Sus actrices fueron Joaquina Fernández, Stefani Tsvetoslavova y Teresa Novo. La segunda representación fue en el marco del IV Congreso Internacional “Repensando el mundo desde una perspectiva feminista” que se celebró en la Universidad de Almería del 27 al 29 de marzo de 2019. Las actrices fueron Joaquina Fernández, Judith Lozano y Teresa Novo.

ACTO PRIMERO

Unos niños juegan en los alrededores de una cortijada del valle perdido de Rodalquilar. Entre olas y montañas, la niña, bravía e indómita, pasea sus soledades a lomos de un caballo blanco y propone un juego que tiene que ver con los deseos y los espejos del futuro y la muerte.

NIÑO. ¿Y tú de quién eres? Nunca te habíamos visto por aquí.

CARMENCITA. ¿Pues de quién voy a ser, tonto? De mis padres, de Nicasia y José. Estoy aquí de paso porque dicen los médicos que estos aires me vienen bien.

NIÑO. ¿Estás mala? Pues no se te nota, debe ser por dentro. Dicen en el pueblo que tu padre es muy importante, ¿es eso verdad?

CARMENCITA. Sois unos pesados. No sé si es importante ni me importa... dice que es "Vice-cónsul" o algo así raro, no sé, viaja mucho a Portugal...

NIÑA. ¿Y dónde queda eso? Con razón eres rara, chiquilla. ¿Es que no te gusta jugar?

CARMENCITA. Muchísimo. Siempre quiero ser la que proponga el juego.

NIÑO. Como eres niña rica, siempre mandas... Pues venga ¿a qué jugamos hoy?

CARMENCITA. Al juego de los espejos.

NIÑO. Nosotros nos sabemos jugar a eso.

CARMENCITA. Pues al juego de la vida y la muerte.

NIÑA. Anda, esta, a eso mucho menos. Tú me pareces a mí muy novelera, niña. Con Dios. *(Los niños dejan sola a CARMENCITA.)*

CARMENCITA. Con Dios, con la Virgen y con todos los santos, ya ves tú. (*Enfadada, coge su muñeca y empieza su diálogo secreto.*) Lily, despierta, que te voy a contar un secreto, pero me tienes que prometer que no se lo vas a contar a nadie, y menos a esos palurdos: yo soy como Atenea y no puedo decirle a nadie más que a ti que me sueño sin casa, con una maleta vieja siempre abierta, y con una escoba voladora surcando los mares y las montañas. Me sueño sufriendo, libre, amada por lo que soy, princesa y mendiga de un cuento. No sentiré amor más que hacia los artistas, ellos me comprenderán y nuestras almas quedarán fundidas para siempre. Lloraré al ver las estatuas de Donatello y Miguel Ángel, seré emperadora en Roma, en Pompeya, en Venecia, conjuraré a los espíritus del amor y espero resucitar por la fuerza de tu memoria. Tendré muchas vidas, Lily, te lo prometo... Nunca jamás estaré sola...

Siguen sonando en el aire sus palabras amortiguadas, mientras progresivamente se va haciendo un oscuro.

ACTO SEGUNDO

Mucho tiempo después amanece un nuevo día en una casa de Madrid. Un gran salón pintado de azul se abre a una azotea sobre el paisaje. El Guadarrama es el telón de fondo. El sol se tamiza sobre las vidrieras que dan vida a escenas de Rubens. Las paredes se cubren con tapices gobelinos. Vaciados de Donatello y de Rodin, bargueños, gárgolas, un sillón abacial y una mesa de pies salomónicos hablan del culto al arte de esa casa. Un maniquí de caballero pone una nota insólita en el conjunto. Entra un soplo de realidad, es PAQUITA, la criada de la casa, lleva una cesta de la compra en la mano, y va hablando con una vecina mientras termina de entrar en la estancia.

PAQUITA. Bueno, hasta luego Juana. Mañana te pago lo del pescao y los huevos. Te tengo que dejar ya que la señora está a punto de llegar y le gusta to muy organizadito... ¿Qué cómo está mi doña? ¡D^a M^a del Carmen, Ramona y Loreto de Burgos?, mira, me ha salido to seguidito (*Escandalizada por lo que oye, hace una pausa.*), pero mujer, no hables así de ella que te va a oír, y ¡anda que no tiene el oído fino la condená! De la vista anda peor, claro con tanto escribir y tanto leer... yo creo que eso no debe ser bueno... (*Pausa aparentemente reflexiva.*) aunque a mí, la verdad, que me viene muy bien que la doña me haya enseñado las cuatro letras, aunque terminaba con un dolor de cabeza que no se me metía na, luego por la noche no podía dormirme, niña, las letras ahí, bum, bum, bum, zumbándome en lo alto... sí ríete, es que se ve

muy fácil, tú como ni siquiera lo intentas... luego te engañarán con to. Lo de escribir es más difícil, me cuesta mucho coger el lápiz y me duelen los dedos (*Pausa.*) ¿Qué dices?, háblame por este lado chiquilla, que por el otro no oigo, ¿de qué novio hablas?, a ti solo te interesan los cotilleos, hija. Pero bueno, esa es otra, estamos apañás con el moderno ese que se ha echao... sí, el Ramoncito (*Hace gestos de la pequeña estatura del aludido.*), no te rías que eres más mala que un dolor, por lo menos le hace compañía. La verdad es que se podían haber echado las bendiciones por encima, que eso no estorba, porque, digo yo, dónde va una mujer tan sola y con una niña tan pequeña, y luego que no para en casa, siempre tengo que estar haciéndole maletitas y siempre con el pellizquillo por si le pasa algo (*Pausa.*)

Ya sí me meto pa dentro, Juana, que a mí no me gusta darle a la lengua tanto (*Hace solo el ademán de entrar en la casa y se para de nuevo. Se dirige a Juana.*) ¿Qué quién viene esta tarde? Mira que te gusta enterarte de todo, claro, como tu doña es una sosa, pero aquí cada día viene alguien nuevo, y tos dan trabajo. No, si no me quejo, si tú sabes que a nosotras no nos asusta el trabajo, y total, cuando me canso me siento y santas pascuas, que ya no está una pa muchos trotes (*Pausa.*), y luego el Paco que tampoco me ayuda mucho... no me mires así que el tuyo tampoco te tiene como una reina... sí, sí, tú dirás lo que quieras pero los hombres, el mejor, asadito y con limón (*Recoge la cesta.*) ¡Cómo pesa esto, parece que llevo piedras! ¡Hasta la noche!

Se dirige al interior de la casa y va cantando con voz aflamencada. Son unos versos de Carmen de Burgos. Puede hacerse por soleares, fandangos, peteneras o tarantas. Sale de nuevo con cofia y delantal y empieza desganadamente con la limpieza del salón.

PAQUITA. "Donde principia el desprecio

es donde el amor termina
y acaban los sufrimientos.

Que deje de amarte yo,
no lo puede conseguir
ni todo el poder de Dios".

(Mientras limpia, coge un periódico, se sienta y lee con dificultad, pero con empeño.)

*-“Ma-yo-ría de edad del Alfonsito de Borbón”, ¡ea!,
ya nos lo van a hacer rey al muchacho, ¿será tan
putaño como el padre?*

*-Más guerra en África, ya nos vienen con el
reemplazo... luego las madres a sufrir, que eso se
nos da estupendamente. (Sigue leyendo.)*

*“A-ho-ra en Ma-drid, no hace mu-cho,
se pre-sentó una se-ñora*

*con un ta-lento que dudo
que ha-ya quien le e-che la pata;*

*No te creas que me bur-lo,
ya ves tú si tié ta-lento... (Pausa.)*

¡Cucha, esto seguro que es por mi Carmen!

... que colabora en el Mun-do

La-tino, en esa revista,

de que es di-rec-tor (Anda que no me cuestan las erres.)

Men-drugo.

Y tié un ti-tulo (Que lo tiene, que lo tiene.)

de Pro-fesora en Le-tras

Y les está dando por... (¿Qué es lo que vas a decir, Paquita?)

Que está dando hoy más gusto

que la Te-resa Jesús,

La Ave-llane-da, y te juro

que ni la Pardo Ba-zán

le gana a hacer verci-culos".

¡Pobretica, mi señora, me la están poniendo
vestiíca de limpio!

*Entra CARMEN y sorprende a la criada en el trance de
lectura.*

CARMEN. Paquita, ¿qué haces?, ¿ahora te dedicas a cantar y a leer versos malos, no? No si ya sé que no son tuyos, que son de mi... Arturito... ¡Qué ocupados estáis todos siempre! ¡Anda, vete a preparar el té que son casi las 5 y mis amigos están a punto de llegar, y que sepas que el suelo no brilla demasiado...! Se ve que la lengua y la mala leche no te deja parar y claro así está todo "manga por hombro".

PAQUITA. Pues se hace lo que se puede, señora.

CARMEN. Pues se puede bien poco, por lo que veo.

(La criada se va protestando y vuelve al cante.)

“Péinate tú con mis peines,
que mis peines son de azúcar
quien con mis peines se peina
hasta los deos se chupa.
Péinate tú con mis peines
mis peines son de canela
la gachí que se peina con mis peines
canela lleva de veras”.

CARMEN. Limpiar no limpiarás, pero buena voz si tienes,
¡condená!... si hasta te atreves con *La niña de los peines*. *(Vuelve a oírse dentro a la criada.)* Si quiere
señora, le canto la de la pulga:

“Hay una pulga maligna
que a mí me está molestando
porque me pica y se esconde
y no la puedo echar mano.
Corre que corre bajo mi traje
haciendo burla... ¡uy!, ¡uy! ¡uuuy!”

CARMENCITA. *(Entra protestando porque se ha topado con PAQUITA.)*

Anda, calla ya, que no paras, si se te oye en toda
la calle... No sé para qué le sigo la corriente, hoy
hasta se ha permitido el lujo de decirme que no
sabe dónde queda Rodalquilar, y mira que se lo he
dicho un montón de veces *(Grita hacia el interior un*

poco ofuscada.): ¡Rodalquilar, allí me crié, como los ajos porros!

PAQUITA. (*Desde dentro.*) Pues me parece muy bien, niña. A ver si te hacen pronto un monumento y te dedican una calle.

CARMEN. Ven, ven, no le hagas caso, siéntate conmigo que hoy estoy un poco nostálgica (*Le arregla una trenza que trae deshecha.*) Creo que lo de los ajos porros lo podíamos omitir, ¿no te parece?

CARMENCITA. Es que me saca de mis casillas.

CARMEN. ¡Ay, de Rodalquilar te viene esa naturaleza volcánica! (*Ríe.*) sí, sí, si ya de chica eras un demonio.

CARMENCITA. (*Se levanta con ímpetu.*) Un demonio con faldas que montaba a caballo, soñaba con contrabandistas y aventureros... y con la llegada de un amor de novela... (*Se derrumba en el sofá.*)

CARMEN. ...Y el que llegó fue Arturito, un perla.

CARMENCITA. Dirás un pedrusco, un sujeto que me doblaba la edad y decía que era “periodista y poeta”... aunque me hacía gracia lo que escribía... (*Duda.*) ¿dónde era?

CARMEN. *Almería Cómica, Bufa* o... demonios ¡qué más da!

CARMENCITA. El caso es que me hacía versos...

CARMEN. Malos...

CARMENCITA. Pero versos... Aunque lo único que saqué bueno de esa relación fue un aprendizaje en el oficio.

CARMEN. (*La interrumpe con ironía.*) Sí de chica de los recados y mujer de la limpieza.

CARMENCITA. (*Con tristeza.*) Es verdad, y solo a ratitos redactora. ¡Ay, si mi pobre Larra hubiera levantado la cabeza! Y claro llegó el casamiento, como en las novelas.

CARMEN. ¡Ay, cabeza loca! ¡Dieciséis añitos!, pero es que de casta le viene al galgo... acuérdate que la abuela nos ganó ¡catorce primaveras!

CARMENCITA. ¡Y cómo se puso padre! Si hasta se negó a llevarme al altar, no se me olvidará nunca. (*Se levanta.*) Yo enfilé aquel pasillo sola, convencida de que hacía lo correcto, pero pronto la realidad se me vino encima, descubrí a mi lado a un crá... pula, ¿se dice así?, que iba de taberna en taberna persiguiendo todo lo que tuviera faldas y lo peor fue que me convertí en su criada para todo. ¿Te acuerdas de sus amoríos con la Calandria?

CARMEN. Sí, aquí entre nosotras, fea, fea, más fea que Picio (*Las dos se ríen de lo mismo.*) Y todas eran así, no sé qué les pasaba, ¡qué mal gusto!, ¡hombres!

PAQUITA. (*Asomando la cabeza.*) ¡El mejor, asadito y con limón!

CARMEN. Aquí no se puede tener intimidad con esta mujer siempre al quite, ¡uf!, sigo. Que lo peor venía cuando me decían: no seas tonta Carmencita, no te pongas triste. La verdad es que no está bien que tu marido ande por ahí con querindangas, pero no sabes tú lo que hacen otros. Después de todo nada te falta en tu casa, y no se mete contigo. Todavía puedes llorar por un ojo. Y yo pensaba, por cuál, si ya no me quedan lágrimas.

CARMENCITA. ¡Ay, Carmencita, Carmencita, qué tontita fuiste...!

CARMEN. (*Enérgica.*) Ya. Una vez te pueden tomar el pelo, pero más no, ¡no señor!, ¡menuda soy yo!

CARMENCITA. ¡No cantes victoria que luego puedes arrepentirte! Y tú sabes muy bien el porqué...

CARMEN. (*Enfadada.*) Pero eso pasó mucho después, no adelantes acontecimientos, que eres muy impulsiva, niña, ¡y no te comas las uñas! Ahora todavía estamos en el primer desengaño matrimonial, déjame seguir: pronto me di cuenta de que tenía que cambiar mi vida, así que tomé el toro por los cuernos y me puse a estudiar como una posea, pero siempre de noche y a escondidas de Arturito.

CARMENCITA. ¡Como una delincuente!, y ¡anda que no me costaba concentrarme! Si hasta tomaba infusiones de rabos de pasa, pero yo creo que hicieron efecto porque conseguí mis papeles de maestra y dejé al innombrable con sus juergas y su mala vida en la Almería de sus amores.

CARMEN. Luego, acuérdate, que vendrían sus chistes obscenos y sus infames versos. Ahora que yo, le contestaba bien, ¿te acuerdas?:

“Quien sin razón ni motivo a una mujer difama, merece que con desprecio...”

LAS DOS. *...todos le escupan la cara”.*

CARMENCITA. ¡Qué hartura!

Se oye a la criada desde dentro cantando.

“Quien me nombre, que me nombre,
quien me nombre que me quiera,
y si no me quiere, quiere,
mala puñalá le diera”.

Carmen: Ya oyes a Paquita, que por una vez está atinada.

PAQUITA. (*Saca la cabeza por un lateral.*) ¿Solo una vez, señora?

Carmen: Bueno, que la historia no había hecho más que empezar. Anda que no iba acumulando material, yo era la sufridora de mis novelas: “cargar con un pedrusco del camino”, “echar hijos al mundo” y perderlos, me hizo casi invencible, así que ya estaba preparada para todo.

CARMENCITA. (*Con fastidio.*) ¿Por qué no pasamos de capítulo?

Carmen: Tienes razón niña, aunque es difícil. El siguiente ya es en Madrid, con el siglo XX recién abierto para mí y con mi María de solo cuatro añitos. Todo un cuadro de melodrama en el que no faltó ni el tito Agustín...

CARMENCITA. ...el senador del reino, que también tenía una mano muy suelta... (*Se enfunda su marioneta Agustín y juega con su mano revoltosa hacia CARMEN.*)

-“¿Me dirás que me quieres mucho con esa boquita de gloria que tienes?

-¡Tío!

- No me llames tío, preciosura, llámame Agustín, Agustínico, tu Agustín, chiquirritín...

-Agustinico, Agustinico, deja la manica en su sitio...

-Tu belleza me encandila, me fascina, me embelesa, besa, besa...

-¡Ponga la mano en la mesa! ¡¡Ponga la mano en la mesa!! ¡¡¡Ponga la mano en la mesaa!!! (CARMENCITA golpea varias veces la cabeza de la marioneta antes de sacarla de su brazo.)

CARMEN. Tranquila, tranquila (*Gesto pícaro.*) Si luego me vengué usando su nombre en vano para que se me abrieran algunas puertas, ¿no dicen que la venganza se sirve en plato frío?... pues eso...

CARMENCITA. (*Chocan las manos con complicidad.*) ¡Eso!

CARMEN. Que había que salirse del cuadro, que el folletín para las novelas, aunque con mi sueldo de maestra en este país nuestro no llegaba ni para el pan... así que...

CARMENCITA. (*Interrumpe.*) ...había que seguir buscándose la vida. Déjame que lo cuente yo.

CARMEN. Adelante, madame.

CARMENCITA. Como era muy tímida...

CARMEN. (*Interrumpe.*): Ya, ya, ¡menos lobos, caperucita!

CARMENCITA. (*Imperturbable.*) Empecé a tocar de puerta en puerta en los periódicos madrileños, porque lo que me llamaba la atención era escribir y escribir y ahí es donde se podían sacar los cuartitos. Al principio me hicieron poco caso pero, por fin, di con un hombre cabal.

CARMEN. Sí, el director del *Diario Universal*, don Augusto Figueroa.

Baja la luz de intensidad. Cuanto sigue es situado por la imaginación de CARMEN en la redacción del periódico. Don Augusto sale detrás del maniquí y le roba el sombrero.

-¿Me ha llamado, señora? Me han dicho que quería hablar conmigo, ¿se llama Carmen qué más?

-De Burgos

-¿Usted es de Burgos?

-Noo, de Almería.

-¿Y usted qué sabe hacer?

-Yo soy lista, artista, culturista, modista, cajista, linotipista... ¡Ah!, y se me olvidaba lo más importante: chica de los recados, asistenta y aguantaestorbos.

-¿Pero usted sabe escribir?

-Yo creo que lo hago bien.

-¿Y cómo quiere firmar?

-No sé..., déjeme que piense. Quiere que yo escriba de cosas interesantes para las mujeres, ¿verdad?, cosas que les sirvan, que le sean útiles me ha dicho, ¿no?, ¿qué le parece *Fígaro*?

-Me parece que no es muy original

-Es que le admiro tanto. Otro día le contaré que tuve entre mis manos la camisa que usó la noche que se mató. Era finísima, de un hilo más costoso que la seda, cosida con dobles pespuntes hechos a mano, con la sangre...

- Bueno, otro día me cuenta el resto, que veo que es usted muy de pelos y señales... Creo que ya tengo su remoquete.

-¿Mi remoqué?

- Firmará como "*Colombine*". ¿No me ha dicho que tiene experiencia como asistenta? Voilà: *Colombine* es

la criadita pobre y sin máscara que también hace de celestina.

-Si usted se empeña, usted paga, pero le advierto que en la *Comedia del Arte* los había mejores. Además, lo que usted no podrá saber es que años más tarde en Almería bautizarán con ese pseudónimo algún prostíbulo.

-Yo es que adivino no soy..., pero, al menos, le gustará el teatro, ¿no?

-Oh, sí muchísimo. Algún día entrevistaré a las grandes, Catalina Bárcenas, Margarita Xirgú, Loreto Prado, y me iré fuera para buscar a la Bernhardt y a la Duse, ¿me dejará usted que me hagan sus confidencias, verdad? ¿Ha visto usted la *Electra* de Galdós en el Español? María Guerrero está insuperable, y el autor salió 14 veces a escena, ¡14 veces! Luego repartió entre los pobres los beneficios de la representación... ¡Menudo lío se montó con los clericales! ¿Quiere usted que haga una crónica de lo sucedido?

-Pero "Colombine", si todavía no hemos empezado... Estoy pensando que pondré su columna al lado de la de un tal Azorín, ¿le conoce?, es un joven muy prometedor y un poco iconoclasta.

-¿Iconoclasta? Esa palabra no augura nada bueno, Don Augusto

Ríen ambos. Cambia la luz. La sombra del periodista va saliendo de la escena, mientras con un amable guiño devuelve el sombrero al maniquí observador. Los ojos de CARMEN retienen su imagen suspendida y la alegría del encuentro se lee en su mirada. CARMENCITA repite, a

modo de juego, la palabra "iconoclasta".

CARMEN. ¡Qué hombre más educado...! Confió en mí, y me dio una columna, eso sí para hablar sobre cositas interesantes para las mujeres, ¿qué creías que una escritora "feminista" se hace así de la noche a la mañana? No, claro que no. Yo era una mujer como todas las españolas, ignorante, rutinaria, pegada al fogón, o sea, una de tantas (*Pausa.*), pero había que "comer", por cierto, que Don Augusto murió un año después de contratarme, en un duelo a sablazos y...

CARMENCITA. (*Impaciente.*) ¿No irás a contarnos eso, no? Con razón decía el pobre señor, que en paz descanse, que eras muy de "pelos y señales". Vamos a la escritura: como *Colombine* desvelabas secretos insondables: ¿Quiere usted conocer los secretos de *tocador?*, *El arte de seducir*, *Las artes de mujer*, *El arte de ser elegante*, ¿Quiere usted ser amada?, ¿Quiere usted ser bella y tener salud?, ¿Quiere usted comer bien?...

CARMEN. (*Interrumpe.*) Sí, sí, comer, cocinar, ¿Qué quieres? pienso que la mujer debe ir al foro y al Parlamento, sí, pero después de haber dispuesto la cocina en su casa, eso no se les puede dejar a ellos. Por cierto, que un fabricante de un pueblo que ahora no me acuerdo incluía en los saquitos de arroz que vendía una receta mía para hacer la paella...

CARMENCITA. (*Impaciente.*) Ya, ya, y el hombre, agradecido te regalaba sin parar saquitos de esos. Lo único que me faltaba ahora es que me detallaras los instrumentos que no deben faltar en la cocina...

CARMEN. Eso está hecho, apunta niña: "un juego de cacerolas, un juego de sartenes, cucharas y cucharones

grandes, tenedores y pinchos de hierro, tenazas, jarros, moldes para las confituras, cuatro botes para la sal...”

CARMENCITA. (*Se tapa los oídos.*) Para, para, no quiero oír más, que yo quiero hablar de cosas más sustanciosas para mí: ¿cuándo nos quitaremos este estúpido corsé de ballena y vendrán los pantalones?

CARMEN. Sí, sí. Ya sé que había que aflojarse las cintas, que había que moverse con libertad, cortarse los cabellos y la falda para que crecieran las ideas ya lo sé, ya lo sé. No te adelantes niña, que eso vendrá a su tiempo. Atiende, por favor, deja de comerte las uñas y siéntate bien en la silla que ya no estás encima del caballo: “Es bueno practicar todas las mañanas gimnasia sueca” (*Hace gestos exagerados y le mira la cara y el cutis con aire de experta.*) ¡Uy cómo tienes la carita! Apunta: “Las pecas se combaten con esencia de menta y agua de azahar”. Mira te voy a dar la mejor receta para hacerse una estupenda crema de la cara, me la dio en exclusiva la gran soprano italiana Lina Cavallieri, es mágica. Voy a buscarla. (*Busca entre sus apuntes y sus libros y lee.*)

-Ingredientes: Agua de rosas, Almendras dulces (500grs.), Grasa de ballena de Groenlandia.

CARMENCITA. ¿Grasa de ballena?, ¡qué asco!

CARMEN. ¡Qué tonta...! Extracto de rosas y para remate siempre, siempre, polvos de arroz... blanquitos, que te ponen guapa. (*Le empolva la cara con la trenza.*)

CARMENCITA. (*Molesta, empieza a hablar y guiña un ojo.*) Claro, Carmen, lo que tú digas... “Una mujer debe tener cuatro cosas negras: los cabellos, las cejas, las pestañas

y las pupilas; cuatro cosas blancas: la piel, el cristal del ojo, los dientes y las piernas; cuatro cosas rojas: la lengua, los labios, las encías y las mejillas”; cuatro cosas redondas: la cabeza, el cuello, el antebrazo y... (La interrumpe.)

CARMEN. ¿Eso lo he escrito yo?... Para, para, suficiente, que ya se han hecho una idea... Prefiero darles un avance más favorecedor a mi biografía.

CARMENCITA. (*Sigue como si no la hubiera oído.*) “Cuatro cosas carnosas: las mejillas, los muslos, las nalgas y las pantorrillas, cuatro cosas pequeñas...”

CARMEN. Niña, ¿No te he dicho que te calles? (*Le pone el dedo en la boca, CARMEN suspira.*) ¡¡Ayyy!! ¿Creías que esto iba a ser todo? Por supuesto que no, las guerras no se ganan por la fuerza ni en un día. Poco a poco iba metiendo una de cal y otra de arena, y me sumergí en el ambiente cultural madrileño. (*Sigue con tono de fastidio.*) Y me di cuenta de que teníamos vedado el acceso a lo público, que las instituciones culturales tenían nombre de varón, y que allí se sesteaba a base de bien, (*Burlona.*), si hasta nuestra casa llegaban los bigotes y los ronquidos, y si no que se lo pregunten a la divina *Tula* con los de la Academia de la Lengua...

CARMENCITA. ...y a la Pardo Bazán, la pobre siempre decía (*Con voz impostada.*): “cómo habría cambiado mi vida de haberme llamado Emilio”. Cuando ganó su cátedra siempre llegaba a la Universidad a la misma hora y preguntaba al bedel: “¿Ha venido algún estudiante? “Ninguno, señora condesa”. Y la pobre se iba cabizbaja.

CARMEN. ¡Qué pena para una maestra no tener discípulos! Desde luego esta mujer nunca asimiló las afrentas.

Sé de buena tinta que nadie en la Academia piensa defender una candidatura femenina, y a quien le hagan creer otra cosa se engaña. A mí me admitieron en el Ateneo y había que estar agradecida encima y hacer la guerra sorda del buen estratega: “Comando Burgos, línea de fuego preparada, objetivo cumplido”; les colé mi propia revista y los metí aquí mismito en este fortín, en estas cuatro paredes, en “el salón de Colombine”. Si no puedes con el enemigo, únete a él, ya lo aprenderás.

CARMENCITA. *(Se levanta y se dirige hacia la puerta. Va extendiendo los brazos en señal de recibimiento y con falsa obsequiosidad se pone una cofia de PAQUITA.)* Sean muy bienvenidos a esta dulce morada, dejen sus sombreros y sus bastones junto a la puerta. ¡Qué buenos puros se gastan ustedes!, ¿quieren un jerecito?, ¿está ya el té y las pastas a punto, Paquita? Mira que estos señores están acostumbrados a que se les sirva con todo el esmero... ¡lo que haga falta, lo que haga falta! Don Hilario, deje la mano quieta que voy a tener que sacar la mía a pasear... ¡qué bromista es usted!... je, je, je... je, je, je... *(Se dirige a PAQUITA.)* ¿Para dónde calza, don Enrique? Le veo un poco apuradillo... *(Esta, ofendida, le arrebató la cofia. Sale de escena con toda la dignidad que puede.)*

CARMEN. Ya la has enfadado. Eres incorregible. No seas tan burlona, ya sabes tú que por aquí desfiló lo mejorcito de Madrid y todos traían la raya del pantalón muy bien marcada *(Ríe con ganas.)*: Galdós, Baroja, Azorín, Julito Romero... *(Pausa.)* Julito Romero y su pincel de plata... *(Mira hacia el supuesto retrato colgado en la pared.)*: “El pintor que

mejor pinta a las mujeres..." En ese retrato que me hizo estoy de negro, un poco seria, y con mi libro en la mano, pero me gusta, ¿y a ti, Paquita? (*Entra PAQUITA en escena, intercambia una mirada cómplice con la niña CARMENCITA.*)

CARMENCITA. ¡Uy!, le gusta mucho, muchísimo, ¿verdad, querida?, ¿verdad?, habla ya, ¿te ha comido la lengua el gato?

PAQUITA. Niña, ¿por qué no me dejas tranquila? Señora, a mí... me encanta, o sea que está usted muy lucida, muy... muy esclarecida. Y sobre todo me gusta el pecho de paloma que le ha puesto, claro, como está de perfil... (*Ríe con disimulo y contagia a CARMENCITA.*)

CARMEN. (*Molesta, vuelve a mirar el cuadro con otra luz como si la pintura estuviera haciéndole alguna confidencia.*) La verdad es que tenéis razón, si me hubiera pintado Sorolla hubiera salido más luminosa, ¿más vaporosa?, ¿quizás más sensual?, ¿creéis que tengo una belleza vulgar?... la verdad es que de este cuadro no habrán sacado mi leyenda de mujer fácil. Bueno no sé para qué pregunto, ni para qué os hago caso. Paquita, puedes retirarte (*Con ironía rencorosa hacia CARMENCITA.*) ¿Y Blasquito Ibañez?

CARMENCITA. Ese me llamaba *Colombona*, al principio no me hizo mucha gracia, pero luego me acostumbré. (*Mira a CARMEN que está insinuando un posible romance entre ambos.*) No, no vayas por ahí que tú sabes mejor que nadie que nunca hubo nada serio entre nosotros, además no era mi tipo. Siempre tan maliciosa, hija.

CARMEN. Nooo. Es la sabiduría de la edad.

CARMENCITA. Bueno, si tú lo dices. Otros me llamaban “jamona rozagante”. Si quieres te doy nombres...
(*Gesto libre de la actriz que interprete.*)

CARMEN. No, no, no hace falta, que luego me dices que yo soy mucho “de pelos y señales”, pero estarás conmigo en que todos recibían una sola consigna: de puertas para dentro libertad de pensamiento.

LAS DOS. Y como límite el infinito...

CARMEN. ...y llenando el infinito un buen día llegó Ramón.

CARMENCITA. (*Con entusiasmo señala al maniquí observador y juega con él.*) Sí, Ramón, ¡ale hop!... un, dos, tres (*Aplaud.*) ¡¡Con ustedes, Ramoncitooooo!!, llegado de lejanas tierras para enamorar a su doncella; todo un fenómeno, veinte años, largas patillas, moreno, de chistera inverosímil. Que salgan de ella conejos, elefantes, damas orientales, faquires, monóculos... y, ¡ah!, ¡ah!, la amistad, la amistad...

CARMEN. (*Resentida.*) ¡Y mucho más!, ¡vengan, vengan!, contemplen a la pareja, la mujer barbuda y el imberbe... lo nunca visto... pasen, pasen y vean...
(*Se miran y se produce un silencio.*)

CARMENCITA. No seas tan dura con él, mujer, no hay que poner puertas al amor... ocurrió lo que tenía que ocurrir. Y eso que el hombre me confesaba después que sentía pánico hacia las mujeres, hacia sus pretensiones matrimoniales absurdas.

CARMEN. (*Solemne pero con ironía.*) “Solo ante ti puedo respirar libre, sin disimulos, sin las galanterías literarias que necesitan las literatas”.

CARMENCITA. Sabíamos que íbamos a dar mucho que hablar, no le gustaban las falsas escritoras, las insensatas...

CARMEN. ...las emplumadas.

(*Entra de nuevo PAQUITA con el té e interviene en la conversación.*) ¡Mira qué delicao el muchacho!

CARMEN. (*La interrumpe.*) Tú a lo tuyo, Paquita, deja el té aquí.

PAQUITA. Si yo no he dicho ná, señora, siempre estamos lo mismo.

CARMEN. Los padres de Ramón pusieron el grito en el cielo. (*Con afectación.*) ¡Qué escándalo, una mujer separada con una hija y un mozalbete casi imberbe!

PAQUITA. Sí señora, cuatro pelillos en guerrilla, que yo lo vi.

CARMENCITA. (*Con burla.*) ¡Para eso lo hemos criado nosotros!, decía la mamá. “Maridito, por favor, saca a mi niño de aquí”... Y el papá lo mandó con los franceses. Aunque tantos manejos no sirvieron para nada. El “mal” ya estaba hecho.

CARMEN. La verdad es que siempre damos mucho que hablar.

CARMENCITA. Y no sé exactamente por qué. (*PAQUITA hace un aparte con el público yendo hacia el proscenio.*) Yo sí que lo sé... ¡Ay, si las paredes hablaran!...

CARMENCITA. Yo tenía por entonces...

CARMEN. (*Le pone el dedo en la boca.*): Ni se te ocurre decir la edad, una mujer nunca, nunca debe hablar de esas cosas. Ya ves tú, Paquita, que una vez un policía me preguntó por mis años al llegar a la frontera suiza y yo le dije con toda mi cara: “Pues mire usted no lo sé porque miento tanto en ese punto” ¡Se le quedó una cara! (*Ríe con ganas.*)

PAQUITA. (*Aparece de nuevo, ahora con el plumero.*) Diga usted que sí, mi doña, de eso ni mú, niña, que una tiene

su alma en su armario, y sus arruguitas, ¿verdad señora? (*Preocupada por su aspecto se mira en un espejo imaginario.*)

CARMENCITA. ¡Cómo me gustaban sus greguerías!, si hasta intenté hacer una. Paquita, atiende, a ver si adivinas a qué me refiero: “*Como lo miramos tanto, enrojece de vergüenza*” ¿Eh, qué es?

PAQUITA. (*Con el plumero y la bandeja en la mano y cara de no sé qué me dicen.*) ¿Me puede repetir? Pero hábleme por el lado derecho, que por el otro no oigo (*Muy atenta de nuevo y muy concentrada ante la pregunta que se repite.*) ... pues ni pun...

LAS DOS O UNA A UNA: ¡¡El crepúsculo! ¡Ignorante!

(*PAQUITA un poco ofendida por aquello de ignorante.*)
¡Ignorante yo!... ¡Qué “moderno mi Ramón”, las cosas que se le ocurren al muchacho!

CARMENCITA. Hay que reconocer que un poco rarito si era. Si hasta los bedeles se negaban a encender la luz en el Ateneo cuando convocaba una reunión por si se montaba el lío (*Ríe.*) Todavía le recuerdo cuando dio una conferencia subido en un trapecio y desde allí nos iba tirando cuartillas... (*Ella misma se sube a una silla y empieza a tirar papeles por el suelo, desesperando a PAQUITA que la contempla fastidiada y escoba en mano. La niña comienza una alocución paródica del famoso monólogo ramoniano “El orador bluff”.*) “Monóculo sin cristal es mi obsesión, monóculo de nuevo rico, monóculo que ve esas cosas sencillas del corral, el despertar en la tarde caliginosa de todo el gallinero, esos gritos de locura que brotan del corral caliente por agosto, ooohh, gritos que son el alboroto del todo el pueblo, que son la raya con la que se señala

la dimensión del paisaje. Mano convincente a la que siguen las gallinas y las multitudes. Yo soy el orador que duerme al público, mi mano caza las palabras como mariposas y espera el momento para planear. Mi mano va descendiendo, va señalando su párrafo final, tiene miedo de caer en el tintero, en una pluma en punta, en una escoba enfadadaaa, ¡¡ay!! (*Se tambalea encima de la silla y cae encima de una PAQUITA asombrada que trata de apartarse. CARMEN sonrío divertida.*)

PAQUITA. (*Refunfuña mientras barre.*) A ti es que te falta un tornillo ¿te puedes estar tranquila y quieta? Yo a esta niña no la entiendo, señora, llámela usted al orden, que a mí no me hace caso... Pos ni que estuviéramos en el circo. las que hay que aguantarle a estos señoritos (*Pausa.*), pero lo de las gallinas lo clavaba, es verdad. ¿O hacía el gallo? (*Reflexiona.*) ¿Era gallina o gallo? Ki, ki, ri, ki o Co, co, ro, co...? Si es que se tenía que reír una al final (*Ríe con fuerza.*)

CARMENCITA. (*La mira muy seria y la corta en seco.*) Ya te estás yendo ahora mismo. Decía de mí: "Carmen es morena, como lo exige la franqueza, la sinceridad y la rectitud decisiva del corazón... Carmen es simpática y enternecedora como unas gafas en una bella niña de tirabuzones" (*Gesto libre de la intérprete.*)

PAQUITA. (*Interviniendo a modo de protesta.*) ¡Vamos que si a mí me dice esas cosas un hombre, le estoy dando guantás hasta que me duelan las manos! ¡Qué gracioso el gachó! Unas gafas, unos tirabuzones... ¿se podrá ver en el mundo?

CARMENCITA. (*Con enfado.*) Es que tú no entiendes, Paquita, es que eres un poquito cortita.

PAQUITA. (*Ofendida hace ademán falso de retirarse.*) Cortita dice, mañana mismo les pido la cuenta, que ya está bien de roneo, ¡hombre!

CARMENCITA. Pues muy bien, tranquilidad para nuestro cuerpo (*Continúa cambiando de tono.*) Aunque creo que lo que más le impresionaba era mi altura, como él era un poco escasito.

PAQUITA. Adónde irá mi Carmen, “metro noventa” con mi Ramón, “medio metro”... (*Calcula, mide con cuartas su propio cuerpo y rectifica.*), no, “metro y medio”.

CARMENCITA. (*Se levanta.*) “Carmen es recia y alta, muy alta, y eso salva y acaba de hacer indiscutible su figura. Ella se emboza en su altura y eso hace que le caigan bien todas las proporciones...” ¡Ay, Carmen, ahora que caigo, que estoy gorda, pero que como soy alta no se me nota... ¡Qué cabr... !

PAQUITA. ¡Niña, esa boquita!

Aún se oye la voz de CARMEN cuando se ilumina suavemente una zona lateral del escenario en la que se recorta de manera efímera la figura de un hombre bajito y fornido que las contempla divertido. Su atuendo y el maquillaje de su rostro recuerda vagamente a un maestro de ceremonias circenses. Un recorte redondo de luz y una suave música de redoble ayuda a mantener su aparición. Comienza a hablar detrás de una mesa improvisada que va cayendo lentamente del techo a la manera de los juegos de magia. Sobre ella van situándose objetos inverosímiles. Se coloca un monóculo sin cristal y adopta el papel de falso conferenciante. Enciende un

flexo y con un gran guante de goma en una de sus manos va aplaudiendo a las palabras de CARMENCITA. Ambas mujeres dirigen su mirada hacia la figura masculina.

RAMÓN. ¿No me esperabais, verdad?

CARMEN. Tan pronto no y menos de esa guisa. Antes mi memoria ha de convocar a otros. Tú no entrabas en mis planes. Ha sido este trasto de niña.

CARMENCITA. Veo que molesto. Con tu permiso me retiro.
(Sale.)

RAMÓN. No me trae tu memoria, sino mi voluntad.

CARMEN. Te llamaré cuando te necesite, no creo que vayas a contar nada nuevo.

RAMÓN: Pero es que os lo estáis pasando de miedo a mi costa, esa niña es genial. Siempre he admirado el ingenio y la guasa, ¡ejem, ejem!, ya sabéis que siempre he tenido alergia a la solemnidad, mi desdén por la grandilocuencia es proverbial. (*Bebe agua, hace ruidos graciosos. Mira hacia el público como pidiendo disculpas.*) Vengo a pedirte que en lo que cuentas me hagas justicia.

CARMEN. (*Se burla.*) Veo que sigues en forma, menudo ego. No te preocupes por eso hijo, solo pasábamos el rato, no te creas tan importante.

RAMÓN va pasando su mirada por la estancia y por un instante es él mismo quien va dictando los recuerdos.

RAMÓN. ¿Conservas todavía aquella pluma de nácar que te regalé?, ¿dónde ha ido a parar la mesa ovalada en la que nos sentábamos juntos, esa con forma de riñón que compramos en el rastro?

CARMEN. La vendí.

RAMÓN: Una pena, la verdad es que sobre ella saltaban chispas, Comando Burgos. Tus proyectos, los míos... creo ahora que te sacrificaste por mí, pero yo te hacía reír, no lo niegues.

CARMEN. Sí, menudo clown.

RAMÓN. Quiero que me recuerdes con la cabeza cubierta por un sombrero de copa ladeado sobre una ceja...

CARMEN. Y rodeado de bailarinas parisinas...

RAMÓN. No seas rencorosa, yo soy así, estoy convencido de que la vida es una cosa grotesca y que todos estamos como en el fondo de un lago encantado muy lejos de la tierra.

CARMEN. Pero yo no quería bailar contigo la mojiganga final del clown y la calavera. Quiero que te retires ya, que recojas tus bártulos y que te difumines, pero no te duermas del todo que quizás no me quede más remedio que llamarte alguna vez más.

La sombra de RAMÓN se va extinguiendo poco a poco mientras va desapareciendo con él toda la parafernalia que le acompaña. CARMEN le sigue con la mirada. La voz de CARMENCITA la saca del ensueño.

CARMENCITA. *(Entra con una bola del mundo con la que juega.)*
Vamos a lo que vamos, que nos ocupamos mucho de los hombres y luego siempre nos adelantan en la meta. Me han dicho que las tonterías se quitan viajando.

CARMEN. *(Recobrando el ánimo.)* No lo dudes, así conocí a mujeres formidables que me hicieron ver las cosas clarito, clarito... ¡Había tanto por hacer por aquí!

¡No había más que echar un vistazo a nuestro Código Civil!

CARMENCITA. (*Burlona y teatral.*) Nosotras obedecíamos y ellos nos protegían: “¡sí, mi señor, lo que usted diga, mi señor!, ¿qué no le he planchado bien el pañuelo, mi señor? ¡Oh, qué descuido, nunca me lo podré perdonar!, ¡azóteme, mi señooooor...! ¿me quiere de felpudo en su casa, Don Hilario?, ¿o me prefiere de maceta? Sirvo para todo”

CARMEN. (*Divertida.*) Para, para, ¿te acuerdas de la encuesta del Divorcio? Los políticos no se dignaron a contestarme y tampoco me sorprendió, fulleros, hombres mediocres, (*Pausa.*) todavía los oigo: “*Todos los que piden el divorcio son unos insensatos, son el virus de una prostitución sorda...*”

CARMENCITA. (*Sarcástica.*) Mi señor, ¿no le gustan los librepensadores, las neurasténicas, las histéricas, los depravados? Castígueme, mi señor... (*Se pone seria.*) no necesito oír más.

PAQUITA. (*Se asoma de nuevo al salón.*) Es que D^a Carmen, con tos mis respetos, menudas monta usted ¡Qué locura! Si lo que Dios ha unido... ¡Pa qué revolver tanto si las cosas están bien como están! Si el marío te sale malo, pues a aguantarse, como decía mi abuela, no queda otra, es que en esta España nuestra no somos mucho de novedades.

CARMENCITA. (*Con ímpetu.*) ¡Tú te callas, que no entiendes nada!, si al final tuvimos 1.462 votos favorables al divorcio y 320 en contra. Y...

CARMEN. ...Nos llegó la fama, y el primer título consistente: “La Divorciadora”.

CARMENCITA. (*Irónica.*) ¡Qué inteligencia!, ¡qué inventiva!, de divorcio, divorciadora, ¿no?

PAQUITA. ¿Pues qué quiere usted que le llamen, Santa Teresita de Jesús? (*Se persigna burlonamente.*) ¿Se podrá ver en el mundo?

CARMENCITA. ¡Vaya día que llevas! Hoy te estás ganando ración doble.

CARMEN. ¡Déjala!, ya sabes que a palabras necias... nos llovieron insultos y calumnias, sobre todo los de *El Siglo Futuro* se cebaron a base de bien.

CARMENCITA. Pero hay que reconocer que a nosotras se nos fueron los nervios, vamos que "dimos el mitin" (*Saca su marioneta "Don Cándido" y con voz impostada teatraliza la anécdota.*)

-¿Bofetadas o zapatillazos, qué prefiere usted, amigo Don Cándido?

- *Señora, repórtese. Ese comportamiento no es digno de una dama.*

-¿Y quién le ha dicho a usted que yo soy una dama?
¿No me han llamado ustedes pendón verbenero?
¿Acaso usted sí es un caballero? ¿Quizás cuando duerme y ronca con la boca abierta como un dinosaurio? (*Ríen ambas.*)

CARMEN. ¡Qué fulleros!... aunque ahora que hago balance de todo lo que hice, entiendo lo de los sobrenombres y las envidias porque tuve que ponerme tan insoportable, no se puede escribir y molestar tanto (*Sonríe con falso disimulo.*)

CARMENCITA. (*Vuelve a hablar con su marioneta.*) Don Cándido, amigo mío, ya que es usted tan amable, ¿le importaría decirle a la dama de Burgos que, si no es mucha molestia, me incluya en sus hazañas?

CARMEN. Suelta ya a ese mamarracho y no te pongas así... "nosotras escribimos" (*Con retintín.*) un montón de artículos periodísticos, creo que más de 10.000, ensayos...

CARMENCITA. (*Sigue hablando con la marioneta.*) ...dieciséis novelas largas, más de cincuenta novelas cortas, libros de viajes... ¿sabes, Candidito de mi alma? Ni en cien vidas podrías hacer tú algo así.

PAQUITA. (*Asoma la cabeza de nuevo para intervenir en la conversación.*) Si ustedes mucho escribir, mucho escribir, pero quien le quita el polvo a esos libracos soy yo, que ya no le quedan plumas al pobre mío.

CARMEN. Pues te compro uno nuevo.

PAQUITA. Bien.

CARMEN. Y te lo descuento del sueldo.

PAQUITA. Pues va a ser que no, señora.

CARMEN. Anda vete a hacer la cena.

PAQUITA. (*Coge unos libros.*) ¡Señora, señora! Un momento. Se me había olvidado decirle una cosita: estos libritos que me he leído me han gustado mucho. He echao to el verano en la lectura, pero ha mereció la pena, de verdad que sí.

CARMEN. Pues te voy a regalar otro que te va a encantar, "Puñal de claveles".

PAQUITA. (*Con arrobo.*) ¿De muerte, señora? ¡Uy!, solo de pensarlo ya me dan escalofríos.

PAQUITA. Sííí, de muerte... ¡la tuya! Anda vete a preparar la cena, puedes hacer una vichissoise con el libro de recetas que te di.

PAQUITA. ¿Una vichi, qué? Cucha, qué moderna está usted doña, ¿una cremita de las de siempre,

no?, pues haber empezao por ahí, ahora mismo lo hago. ¡Ah!, que no se me olvide, luego me va preparando usted otro librico de los suyos, pero de amores, muchos amores, y de mucho llorar, es que yo he salío a mi madre que en gloria esté, mu romantiquísima, aunque con mi Paco no me vale de mucho, es tan borriquito el pobre; no es malo, ¿sabe usted?, pero tiene tan dura la sesera... pos no va y se enfada cuando me ve con sus novelitas, que dice que pierdo el tiempo y que se me va el santo al cielo... Bueno, no me mire usted así que ya me voy a hacer la cremita, es que se impacienta usted con cualquier cosa, cualquiera diría que soy una charlatana, con lo que a mí me cunde el trabajo, ¿verdad niña? *(Se va cuando observa la actitud amenazante de CARMEN.)*

CARMEN. *(Respira fuerte.)* ¿Por dónde íbamos?

CARMENCITA. Por lo de las novelas, los artículos, las traducciones...

CARMEN. *(Interrumpe con un suspiro.)* ¡Ah, me encantaba Leopardi, “Tallo débil, desmedrado por el peso de la enorme rosa”... si fui a Recanati hasta la colina donde se alza su casa... Me hubiera gustado tanto haberlo conocido...

La escena se va llenando de una suave luz. CARMEN se levanta para coger un libro. Lo abre por el principio y va pasando las hojas. Mira por sus ventanas hacia el exterior y cree vislumbrar a lo lejos la figura atormentada de Leopardi, que desde una de las altas ventanas de su severo palacio le hace una leve señal de reconocimiento. En su imaginación se leen las líneas de este diálogo.

- ¿Me has llamado? Te advierto que solo soy sombra.
- Me hablas con la serenidad de los muertos, príncipe Leopardi.
- ¿Y los vivos, cómo hablan?
- Imitan a las sombras.
- ¿Sabes que este diálogo es ya irrepresentable?
- Lo sé. Pero no tengo mucho que perder.
- ¿Por qué siempre me llamas?
- Me hubiera gustado ofrecerte el consuelo de mi amor sin tiempo.
- ¿Te compadecías de mi sufrimiento?
- Sí, yo hubiera sido bálsamo para tus heridas.
- Pero mi cuerpo era mi cárcel.
- Somos frágiles, lo sé, pero para nosotros ya no hay vanidad. Me importa tu voz.
- ¿Piensas en la muerte, Carmen?
- A veces.
- Yo sufro por ser sombra. Quisiera prolongarme en el infinito.
- Habitas en mí...
- Tengo que irme, recuerda que soy solo sombra. Háblame antes de que pierda la conciencia, háblame Carmen. Ya sabes que de lo verdadero a lo soñado hay muy poco trecho.
- Adiós, pero, ¿dónde te podré llamar cuando lo necesite?
- No sé, ¿no te conformabas con mi voz?
- Pero, príncipe, yo solo tengo permiso para mover los labios (CARMEN vuelve a mirar la ventana del palacio de Recanati. Los versos de Leopardi van

inundando la escena mientras se van apagando los ecos de ese diálogo secreto.)

“Sempre caro me fu quest’ermo colle
E questa siepe, che de tanta parte
Dell’ultimo orizzonte il guardo esclude.
Ma sedento e mirando, interminati
Spazi di là da quella, e sovrumani...”

CARMENCITA. *(Continúa recitando con una cadencia distinta.)*

Silenzi, e profondissima quiete.”
Inmensità s’annega il pensier mio
E il naufragar m’è dolce in questo mare... in questo
mare...”

CARMEN. *(Como si despertara de un viaje.)* ¡Qué curioso, Carmencita!, en tu voz suena el mar de una niña solitaria que soñaba en el laberinto de los espejos. ¡Giacomo Leopardi, pobre cabeza iluminada en un cuerpo de bufón! *(Continúa en el limbo leopardiano. CARMENCITA la saca del trance.)*

CARMENCITA. ¡Vuelve, Carmen, que cuando hablas de tu poeta pareces una alucinada! Con la poesía olvidas otro título y el tiempo apremia.

CARMEN. Claro, primera mujer corresponsal de guerra en África, en 1909. ¡Vaya saltos que damos! ¡Soldado Colombine! *(Ambas se saludan militarmente.)* ¡Descansen! *(Ríen.)* Y eso tuvo mucho mérito. Queríamos dar las noticias desde las trincheras y no nos importaba mancharnos el vestido. *(La luz baja de intensidad mientras miran un álbum de fotos y entra la música de “En el Barranco del lobo”.)* Todavía sueño con el recluta Gabriel, ¿te acuerdas cuando

nos decía?: “Cuenten esto, señoras, para que no se olvide”.

Cantan juntas y bajito la cancioncilla. La luz sube en un rincón del escenario para iluminar al joven Gabriel que escribe sobre su regazo una carta. Un rayo de luna entra en el campamento improvisado y le da a su cara una palidez mortecina. “Mi querida Graciela...”.

“Mi querida Graciela: Espero que por la presente te encuentres bien... Hace mucho tiempo que no recibes noticias mías. La calima y la pólvora se han apoderado de esta noche africana. Las detonaciones de los Pacos y las descargas de fusilería no nos dejan dormir. Desde mi catre escucho una triste malagueña que entona con oficio mi compadre Miguel:

“Estando muerta mi madre,
a su cama me acerqué,
le di un beso en la frente,
llorando me retiré...”

Aquí la gente todavía canta y rasguea la guitarra, y me parece mentira. Yo solo puedo pensar en ti y escribir en un trozo de papel que no sé qué hago aquí, que te extraño, que no quiero que se me olvide el sabor a vainilla de tus besos; me estoy poniendo muy tonto, lo reconozco, pero ¿qué puedo hacer?, ¿no me habrás olvidado, verdad?”.

Se derrumba. Las cargas de fusilería arrecian mientras va cayendo la luz sobre la joven figura. Ellas siguen

cantando bajito, ahora como una cantinela, casi un susurro:

*“Pobrecitas madres,
cuánto sufrirán,
al ver a sus hijos
que a la guerra van...”*

Sube la luz para romper de manera abrupta la melancolía del recuerdo.

CARMEN. ¿Te acuerdas que en otra guerra me confundieron con un hombre? Tengo grabada aquella escena en el tren, aquel hombre empujaba a la niña María, y le arreamos con tal ímpetu que el pobre gritó desconcertado: ¡Un ruso vestido de mujer! (*Se divierten con el recuerdo.*)

CARMENCITA. (*Lee un periódico.*) Mira lo que se decía en *El Heraldo de Madrid* en 1914: “Nuestra compañera *Colombine*, detenida como espía por los alemanes”.

CARMEN. Ahora me río, pero el espectáculo de embarque de los rusos era humillante, familias enteras apiñadas en la playa, entre bayonetas y culetazos de fusil, aterrorizadas. La verdad es que son intolerables las guerras, ¡guerra a la guerra!

CARMENCITA. ¡Guerra a la guerra siempre! Pero nosotras no nos acobardábamos, ¡Comando Burgos siempre preparado! ¿Quién dijo miedo?

CARMEN. Nadie... y siguen los viajes, el Portugal de mis amores, a *Praia das Maças*, y “*El Ventanal*”... (*Se*

emociona.), a veces me duelen los recuerdos tanto que casi no siento el corazón.

CARMENCITA. ¿Ya estás de nuevo? Deja la melancolía en la orilla y quémala; piensa en Sintra, Lisboa, La Cruzada de Mujeres Portuguesas y el aire de nuestras banderas de libertad.

CARMEN. Sí, ¡progreso, carihno e felicidade fraternal!!!...

CARMEN permanece pensativa y retrocede al momento en que conoció a Ana de Castro Osório. Se diría que ambas mujeres están frente a frente. Comienza un diálogo antiguo.

-Fuiste muy valiente, Ana. Ya en Almería tu bandera blanca y azul me acariciaba con su sombra. Estábamos llamadas a encontrarnos.

- Carmen, cruza los dedos y antes de que vuelva a mirarte, busca el viento a favor y lánzate al agua otra vez; piensa que Simbad saltó de las hojas de nuestros cuentos infantiles y emprendimos antes del frío mil travesías.

-Es verdad, todo floreció entre las aguas rizadas y blancas del Tajo. Tú me dejabas a ratos el timón. En la popa, Olga Moraes, Beatriz Pinheiro y Lucinda Simoes... ¡Hermosas hermanas portuguesas, me enseñasteis tanto...!

-No te fatigues. Llámame cada vez que me necesites... (Se va extinguiendo su figura mientras CARMEN va oyendo sus palabras.) "Demonstrar que há mulheres em Portugal e mais haverá quiando todos os homens compreendam que auxiliar a obra inteligente e

autónoma da mulher, honrando e dignificando a sua acção e melhor forma de ser patriota”.

CARMEN. ¡Te escribiré, Ana!

CARMENCITA. (*Rompe la melancolía del momento.*) Y con cada viaje nacía una mujer nueva, luces nuevas para nuevas luchas. Y los líos del sufragio y la encuesta para *El Heraldo de Madrid* y ¡toma! otro apodo: ¡La Sufragista!

CARMEN. Luego “La Dama Roja”.

CARMENCITA. (*Guiña un ojo.*) ¡Un, dos, tres, y otro mote después! Pero daba igual, no daña quien quiere sino quien puede.

CARMEN. ¡Pero hay que hacer honor a la verdad siempre! Lo que sí estaba claro es que no se podía luchar solo desde la escritura, ¡había que pasar a la acción...!

CARMENCITA. Sí, ¡ja la acción, a la acción!! (*Se levanta a ponerse una banda de sufragista y van preparándose para la imagen fotográfica de la que luego hablan.*)

CARMEN. En 1920 organizamos en Madrid “La Cruzada de Mujeres Españolas”, catorce locas: mi hermana Katty, algunas condesas y marquesas, y algunas obreras que se nos fueron uniendo. La presidencia para la marquesa de Ter...

CARMENCITA. Claro, porque siempre adorna mucho una marquesa (*Se ríe y hace un gesto burlón en unión a PAQUITA, que siempre las vigila entre bambalinas.*) Me pierdo con las fechas, pero la manifestación que organizamos creo que fue una tarde soleada de mayo de 1921.

CARMEN. (*Se levanta.*). Sí, repartimos panfletos pidiendo el sufragio y terminamos entregando en el Congreso

un manifiesto reivindicando nuestros derechos civiles y políticos. ¡Estábamos desconocidas!

CARMENCITA. *El Heraldo* llegó a decir de nosotras que “éramos el amanecer de un serio movimiento feminista” (*Pausa.*) Todavía me queda la duda de si nos tomaron en serio del todo, pero ahí están todas las fotografías que registraron el acontecimiento, por cierto, que salimos muy favorecidas. Recuerdo que yo llevaba ese día un traje azul...

CARMEN. ...y este sombrero charleston que te gustaba mucho (*Pueden ir mirándose en un espejo imaginario mientras se van vistiendo y posan ambas con sus bandas de sufragistas para una supuesta fotografía que immortaliza el momento.*) Ya estamos listas. (*Salta el fogonazo de la cámara.*)

CARMEN. (*La luz se vuelve más tenue y sube en un lado del escenario para iluminar la figura romántica de CARMENCITA. Este gesto sugerido nos recuerda un daguerrotipo. CARMEN, desde el otro lado mira a la joven sufragista con admiración.*) ¡Ay, ese recuerdo me rejuvenece!... ¿Pero esta era yo?... Yo que había dicho que había que desechar esos delirios de un feminismo radical, que en mi cerebro organizado nunca entrarían esas fiebres pasajeras... (*Vuelve la luz general para romper la fotografía.*)

CARMENCITA. Pero es que una tiene derecho a cambiar, no hay que justificarse tanto, hay que avanzar para conocer. Pensábamos, quizás, no sé, un poco ingenuamente que por fin el porvenir nos pertenecía, que podíamos respirar aire puro, y que la República era la única forma de regenerar el país, porque Primo de Rivera y Alfonso XIII ya habían dado de sí todo lo que podían.

CARMEN. Y habían podido bien poco, todo hay que decirlo.

PAQUITA entra en escena.

PAQUITA. Pues, será que no se llevaba usted bien con toa la realeza.

CARMEN. ¿Y eso qué tiene que ver, que te metes en todo? no sé ni para qué te contesto. ¿Por dónde iba, que me has desconcentrado? ¡Ah!, que seguimos a vueltas con el sufragio: cuando se convocaron elecciones en 1931, solo podían votar los hombres mayores de 23 años, mientras que las mujeres solo podíamos ser elegidas. Las diputadas entraron en el Parlamento y empezaron las luchas por el voto, muy difíciles, por cierto, pero al final lo conseguimos. ¿Dónde las tengo? Aquí están (*Repasa fotos.*) ¿Te acuerdas de ésta?

CARMENCITA. Sí, ¡qué guapas! Clara Campoamor, Victoria Kent, quisieron que yo me pusiera en el centro pero decliné el ofrecimiento. No estuvimos en el Congreso, pero daba igual, esa victoria también nos pertenecía porque esa lucha venía de mucho más atrás.

PAQUITA. (*Entra doblando unos trapos y se va poniendo disimuladamente detrás. Finge desinterés al mirar las fotos. Interrumpe de nuevo.*) Sí, sí, dos mujeres y no se ponían de acuerdo, ¿qué pasará cuando sean 60?

CARMEN. Paquita, no seas dura de mollera, si solo era una cuestión de tiempo. Victoria tenía sus razones, ella creía que el voto femenino debía de aplazarse, y en sus razones había mucha verdad, yo trataba de entenderla. (*Oímos en off retazos de las palabras*

perdidas de la Kent, palabras que resuenan con fuerza en la memoria de CARMEN.) “Si las mujeres españolas fueran todas obreras, si las mujeres españolas hubieran atravesado ya un período universitario y estuvieran liberadas de su conciencia, yo me levantaré hoy frente a toda la Cámara para pedir el voto femenino. Pero en estas horas yo me levanto justamente para decir lo contrario...” (CARMEN medita sobre ellas.) Y sabíamos que a esta mujer no le faltaba valentía de espíritu, pero sabíamos que también hablaban nuestras filas políticas. Ya no podíamos parar y obramos con urgencia. Había que atacar de frente para dejar de oír tantas tonterías.

CARMENCITA vuelve a jugar con sus marionetas y parodia un debate imaginario entre miembros del Parlamento. También participa el maniquí observador. CARMENCITA se pone un falso monóculo.

MARIONETA CARMENCITA-AYUSO: ¡Ejem, ejem!, ¡queridos colegas, atento auditorio!, oídmeme con atención, porque lo que os voy a decir me ha llevado mucho tiempo de navegación por los misterios insondables de mi cabeza: “las mujeres hasta que no cumplen los 45 años, exactamente los 45, ni antes, ni después, no tienen equilibrio psicológico, madurez mental ni control de la voluntad. Con 46 ya sí porque en una noche todo se precipita... Y apuntad para que no se olvide: los hombres adquieren ese control... ¡¡a los 23!!, tampoco antes, a los 23 justos... no hay que precipitarse”.

PAQUITA. (*Interrumpe.*) Pues mi niño de 25, cabeza, lo que se dice cabeza, no tiene mucha, no ha salío a la

madre, así que ese no está listo todavía.

-Marioneta Carmen-Novoa Santos: Señora D^a Francisca, haga el favor de no interrumpir. Prosiga, Doctor Ayuso, que es usted un libro abierto. Solo permítame un humilde añadido, solo un pequeño excurso en su brillante argumentación: "conceder plena ciudadanía política a las mujeres sería poner nuestra tiernísima República en manos de la histeria, ¡pobre República nuestra!, ¡nuestraaa!!, no queremos someterla a semejante sufrimiento! ¿Qué opina usted de todo esto, mi querido Guerra?

-Marioneta Carmencita-Guerra: ¡Mucho cuidado con ellas!... que van a llamar a los curas, a los militares, a los caballistas, a los trapeceistas, a los malabaristas, a la guardia civil, al cuerpo de bomberos, a la virgen de Fátima... si lo que tienen que hacer es parir y callar (*CARMENCITA hace aspavientos divertidos mientras se va quitando la marioneta de mano.*)

CARMEN. (*Ríe.*) Más tontos y no nacen. Pero a pesar de todo al final lo conseguimos: 161 votos a favor y 121 en contra. ¡Algo inolvidable! La verdad es que solo la historia sabe todo lo que nos había costado llegar hasta ahí.

CARMEN. ¡Qué victoria!, ¿te acuerdas cuando Clara decía: "*la única manera de madurarse para el ejercicio de la libertad es caminar dentro de ella... no tendréis nunca bastante tiempo para llorar al dejar al margen de la República a la mujer*".

CARMENCITA. (*Se sube a la silla y habla con tono de discurso.*) Las mujeres cultas de todos los países habían comprendido que la papeleta de voto era un arma infalible, ¿Acaso las mujeres no habían luchado

como los hombres o más por la República? ¿Es que todos los hombres estaban dotados de formación y cultura? ¿No es mejor hablar de la ética del voto femenino? ¿No es mejor hablar de igualdad de derechos para hombres y mujeres? ¿No somos todos seres humanos? (*Entra grabación del debate parlamentario y CARMENCITA, subida a lo alto de una silla, continúa leyendo solemnemente el comienzo de la nueva redacción de los artículos que permitían votar a las mujeres. Sus voces se funden.*)

Artículo 25. No podrán ser fundamentos de privilegio jurídico: la naturaleza, la filiación, el sexo, la clase social, la riqueza, las ideas políticas ni las creencias religiosas...

Artículo 26. Los ciudadanos de uno y otro sexo, mayores de 23 años tendrán los...

CARMEN. (*Continúa como si se supiera esas palabras de memoria.*) *Los mismos derechos electorales conforme determinen las leyes". (Aplauda con satisfacción.)* Anda baja, baja, que te vas a caer. Ahí queda eso, logramos en las tres legislaturas republicanas cinco diputadas: Ya no nos eligieron en el 33, pero allí estaban de retén Margarita Nelken, Veneranda García, María Lejárraga, Matilde de la Torre, y una de la CEDA, creo que se llamaba Paquita Bohigas Gavilanes, así que solo iba a ser cuestión de tiempo, el destino de la República y de toda España ya no iba a ser una cuestión del "sexo fuerte".

CARMENCITA. (*Con ímpetu se baja de la silla.*) Se iban a tener que acostumbrar a ver a las españolas votando, participando en reuniones públicas y en las batallas electorales. ¡Comando mujer al ataque!

¡Mantillas abajo, cabellos al viento! Y venimos para quedarnos, que se entere el mundo.

CARMEN. *(Contempla a la joven impulsiva pero un rictus distinto se va instalando progresivamente en su rostro.)* Pero las alegrías se mezclaban con las penas, no quería hablar de ello, pero una y otra vez vuelven María y Ramón. *(Cambio de luz. De nuevo aparece la sombra de RAMÓN, una presencia que se concreta en una mano que se posa sobre su hombro. Este momento íntimo se subraya con los ecos del tiempo compartido y una música que ambos conocen bien. Ha sido CARMENCITA la que ha encendido el gramófono y quien se va para no romper el hechizo. Ahora solo CARMEN oye la voz de RAMÓN.)*

CARMEN. ¿Otra vez aquí?

RAMÓN. *(Abraza a CARMEN por detrás.)* Querida, siempre me llamas, estás tejiendo y destejiendo mi sudario. Deberías de invitar también a Fígaro para sentarlo en esta silla ¿Te he contado que al final descansaré muy cerca de su tumba? ¿No te parece extraordinario?

CARMEN. No queridísimo, tampoco me importa ya demasiado. ¿Sabes que...?

RAMÓN. ¿Qué? Que deshago y corto hilos y creo en mi propia mentira... que soy el clown...

CARMEN. Sí, y yo la mujer barbuda. ¿Quieres decirme que papel representé en esa comedia...? Porque veinte años de convivencia no es moco de pavo, ¿vanidad?, ¿capricho?, no sé cuáles fueron las razones ocultas de ese romance. “¿Un espejismo lateral del teatro?”... Me contaron que más tarde serías feliz en Argentina.

RAMÓN. Los medios seres como yo nunca son felices del todo. Te he dicho mi verdad; yo ya no sé mentir. Es hora de que termines el manto, duermes bajo sus hilos y no pienses más en mí.

CARMEN. Si realmente eres Ulises, vuelve a tu nave de los locos y surca los mares en busca de esa Ítaca extraña tuya.

RAMÓN. Ya me voy. Perdóname si te vuelvo la espalda, pero los medios seres no tienen espalda, tampoco los apuntadores. Con la luz de las candilejas y la sala a oscuras hago mi último mutis.

Desaparecen la sombra de RAMÓN y su voz. La luz del encuentro se debilita. Es como si el hombre se la hubiera llevado consigo para cerrar el telón de una obra teatral mal acabada. Rápida transición.

CARMENCITA. (*Entra.*) Carmen, ¿otra vez hablando con tu Zaratustra? La Gran Maestra de la Logia Amor no puede abandonarse a la melancolía, ese es un pecado imperdonable. Así que aceleremos el final que se acerca el amanecer.

Ambas mujeres quedan atrapadas en un círculo de luz que se va llenando de presencias imperceptibles, de llamadas hacia cualquier final.

CARMEN. Tienes razón, niña, aceleremos, pero antes déjame decirte algo que tú sabes tan bien como yo.

CARMENCITA. (*Con impaciencia.*) ¿No quedamos en huir de lo trascendental?

CARMEN. Solo una cosita más antes de irnos: la verdadera muerte de una escritora llega cuando sus obras se incluyen en alguna lista prohibida y así queda enterrada para siempre, ¿estarás de acuerdo, no?

CARMENCITA. Por supuesto, pero consuélate. Compartimos refugio y honores con Zola, Rousseau y Voltaire. Nos encerraron, pero no consiguieron eliminar nuestra memoria. Nuestro corazón palpitante evitó que las aguas del Leteo se enfriaran. Así que no hay que guardar el rencor si el tiempo ya se encarga de poner a cada cual en su lugar.

CARMEN. Desde luego.

CARMENCITA. ¿Y sabes más? Que aunque el porvenir no llegó nunca a pertenecernos, sí es nuestro este momento y esta luz que se insinúa desde estas vidrieras. No podemos lamentar nuestro destino. Pensemos mejor en salir de aquí, en buscar un lugar lejano y desconocido donde podamos desechar los recuerdos amargos, los remordimientos y, por qué no, la espera. Sé valiente, no mires atrás.

CARMEN. (*Mira alrededor y cae en la cuenta.*) Niña, ¿es que tú eres mi conciencia?

CARMENCITA. Sí lo soy y todavía tengo mucho que hacer. Lo que para mí resta es el futuro. (*Mira hacia lo lejano.*) Oye, creo que veo las murallas de la Alcazaba. ¿Será un espejismo? No estaría mal llegarnos hasta allí para reconciliarnos de una vez por todas con Almería. Sabes que no estuvo bien llamarla “la ciudad del bostezo”, creo que no era del todo cierto.

CARMEN. No, no estuvo bien, lo reconozco. ¿Puedo formular un último deseo?

CARMENCITA. Vale, solo uno que se nos agota el tiempo y enfadaremos a las Erinias. Ahora hacen el bien y sus ojos destilan lágrimas de esperanza.

CARMEN. (*Cierra los ojos y se concentra con esfuerzo.*) Allá voy... ya lo tengo: "quiero caminar hasta Recanati y coronar con flores la tumba de Leopardi".

CARMENCITA. Hecho. Ponte tus sandalias romanas y emprendamos el camino que ya pronto habrá luz... ¡Uf!, ¡cuántas cosas hay que hacer! ¡Vamos! (*Tira de ella para levantarla.*)

CARMEN. Pero sin prisas que tú siempre me aceleras, no puedo castigar mucho a mi corazón. Prométeme que visitaremos también mi vallecito de Rodalquilar y que nos bañaremos en alguna playa: cuentan que los moros tuvieron en el valle riquezas sin fin, pero que unos reyes santos los echaron de sus hogares en nombre de Dios... (*Parlotean muy animadas. Mientras van saliendo las dos, las alcanza PAQUITA, ataviada de calle y con un bolso lleno de viandas.*)

PAQUITA. ¡Eh, señoras!, ¿es que se iban sin mí? De eso nada, si ya tengo preparada la merienda para cuando tengamos que hacer un alto en el camino.

CARMENCITA. (*Con gesto de fastidio.*) ¿Pero es que esta se viene?

PAQUITA. Habrá que llevarla, ¡después del trabajo que le ha costado entender no la vamos a dejar aquí!

(*Las Cármenes hacen un gesto de resignación y todas van saliendo. Paquita cierra la comitiva y se dirige en un aparte al público*): No las puedo dejar solas, ¿qué van a hacer sin mí? (*Pensativa.*) Hasta pronto (*La llaman desde fuera.*)

EPÍLOGO

Amanece por fin en una playa de Almería.

CARMEN. Por fin hemos llegado. Me encanta este momento del amanecer en el que el sol, perezoso, hace una última pirueta antes de derramar, imparable, sus rayos de vida. Me baña la tímida luz de la mañana y otra vez vuelvo a sentir el vértigo de la vida. Los árboles y las plantas se me ofrecen virginales y las aves baten sus alas para unirse al corifeo. Contemplo el mar, ese mismo mar tumba que tanto me hace sufrir. Esta playa se llena de los ecos de las batallas de los dioses, y también del clamor de los ahogados de ahora. Tan grande es el futuro que justifica el presente eterno.

MUSAS. ¿A quién eliges?

CARMEN. A ti, Safo. Tú iluminas mi espíritu. Ungiremos nuestros cuerpos, nos coronaremos con capullos de rosas y violetas y recorreremos los bosques sagrados, los arroyos, las colinas; disfrazadas de mendigas recitaremos a los poetas y en la última travesía recordaremos los gestos de los héroes para reescribir nuestra historia en medio del Océano.

(Un batir de olas resuena a modo de la lira invocada de ese CORIFEO.)

CORIFEO. ¡Vamos arriba, Mujeres!
¡Llenad vuestras copas!
¡Encended las antorchas!
¡Tocad las flautas,
coronaos con flores!
¡Invoquemos a nuestras compañeras!
¡Desandad la tierra y
desgarrad las flores!
¡Disfrutemos de su olor!
¡Invoquemos a la sibila délfica,
ella nos leerá el futuro!

CARMENCITA se engalana. Saca su vestido de domingo del fondo de su cesta. Anuda un pañuelo de crespón al talle, se adorna con un collar de cuentas y dos grandes rosas de papel que prende en sus trenzas. Se quita sus zapatitos nuevos y, descalza, va dibujando en la arena barquitos azules. Sobre el oleaje del mar se va haciendo el oscuro mientras volvemos a oír muy a lo lejos versos de un tal Leopardi.

Telón

ÚLTIMA NOTA DE LA AUTORA

Estimado lector: me tomo la licencia de incluir algunas CARTAS APÓCRIFAS que D^a Carmen olvidó enviar por circunstancias que muchos ya conocen y que no conviene recordar porque se relacionan con su prematura muerte. Son nueve y fueron halladas en un estado precario, tanto es así que algunos párrafos aparecen borrosos. Me llama la atención que sean nueve precisamente porque ese número simboliza la luz y es el signo de los ideales y el espíritu de combate. Están envueltas en el misterio de la ficción y el perfume del papel satinado. Con una caligrafía primorosa se dirigen a destinatarios variados y sus tonos van desde lo íntimo a lo académico revelando aspectos nuevos y viejos de la personalidad de nuestra ilustre polígrafa. Quiero darlas a conocer antes de que el tiempo acabe con ellas porque sé de primera mano que la vida y la muerte resisten el fuego de la literatura... Desgraciadamente no podrán ser transcritas todas porque sobre algunas ya ha hecho estragos la polilla y el resultado de mi transcripción no es del todo coherente. Llama la atención la extensión y la conservación de la carta a su madre, Dña. Nicasia.

Lo que sí se puede reseñar con claridad son sus destinatarios, los enumero para que el lector quede avisado:

- A Dña. María Jesús Rodríguez, viuda de Galán.
- A su Santidad Pío X.
- A Dña. Nicasia Seguí Nieto.
- A su amiga Ana de Castro Osório.
- A la madre del recluta Gabriel Espinar.
- Al alcalde de Rodalquilar.
- A Clara Campoamor.
- A D. Julio Romero de Torres.
- A D. Vicente Blasco Ibáñez.

*Concha Fernández Soto
Almería, invierno de 2020.*

A Dña. Nicasia Seguí Nieto

Madrid, 2 de julio de 1927.

Querida madre: ahora que ya no estás te dirijo esta carta para empezar con un rosario de agradecimientos. Sabes que el diálogo con los muertos no se me da mal porque entiendo que sus sombras nos hablan siempre con serenidad. Dicen de mí que hablo de tú a tú con Sócrates, Platón, Parini, Leopardi, Luciano, Voltaire y Fontenelle. Me llaman erudita, madre, y cuando les oigo siempre pienso en lo orgullosa que estarías de tu Carmencita.

He tenido enfrente también a Don Juan Tenorio, a Cervantes, a Rodin, a Isabel la Católica, a Lucrecia Borgia, al Guardián del Castillo de la Mota, a una enamorada muerta, a un Ahorcado, una Feminista, un Héroe muerto, y hasta un Ministro Conservador. Si he podido hablar con todos ellos, ¿por qué no contigo? Te doy las gracias por haber existido, en todos mis viajes siempre te he llevado conmigo, y con tu retrato el Rodalquilar de mi infancia, porque creo que de allí han brotado los manantiales de mi pasión por la aventura y el amor.

Te espantaría saber que algunos dicen de mí que soy una anarquista primitiva, aunque yo creo que tienen su punto de razón si por anarquista entendemos a todos aquellos que se afanan por abanderar la libertad frente al orden y la autoridad. Tú me lo enseñaste, así que ahora no debe extrañarte nada de lo que digan. También me acusan de romántica, ¿y qué más da madre? Tú sabes que me han llamado tantas cosas, que al final me gustan todas.

Cuando empecé a escribir mi primera novela, *El Tesoro del Castillo*, todos los recuerdos de nuestra familia permanecían nítidos. No me costó nada reproducir con

todo lujo de detalles nuestro cortijo de La Unión porque mi cabeza era un mapa. Yo me perdía a menudo y tú te inquietabas; me sabía de memoria la geografía, y también las canciones que cantaban y bailaban los campesinos, sabía cómo velaban la noria, cómo pelaban mazorcas y golpeaban el esparto. Yo misma farfollaba, corría por los balates y me arañaba con los jaramagos. Conocía una a una las atochas, las palmas y torviscos, las pitas... y me mareaba cuando recogía el romero, los tomillos y las mejoranas que luego usabas en tus comidas. Arrancaba las florecillas de los cantuesos, y decía: ¿Me quiere, no me quiere?... espiaba el nacimiento travieso de las margaritas amarillas, acechaba los encuentros y las citas de los amantes, veía a las mujeres dar el pienso a las bestias, y era testigo, niña rica, de la esclavitud de ser mujer y de las injusticias sociales y políticas. También sabía de las rapiñas de los políticos, todo por allá olía todavía a cruzadas, a castillos feudales, a privilegios de horca y cuchillo, a derecho de pernada porque la cruz sombría se había impuesto sobre la riente luna. Recuerdo tu sonrisa cuando convertía al abuelo José en protagonista de todas esas novelas de contrabandistas y aventureros. Eran historias que me habíais contado de niña, niña asombrada cuando me enteré que al abuelo lo habían matado de un trabucazo a las puertas de la catedral de Almería, al pobre hombre no le dio tiempo ni a refugiarse en sagrado, ¡qué cosas!

Cuando me cansaba de mi soledad corría a ponerme frente al acantilado y entornaba los ojos para divisar el picacho de la Polacra, y conocía su lastra blanquecina al ras de las olas cubierta de mariscos, caracolas, lapas y cangrejos que terminaban llenando un cubo del que luego no podía tirar. Años después, me enteraría del naufragio del vapor "Valencia" frente a las costas de Rodalquilar.

No me imaginaba cuántas vidas más se perderían en esas aguas al correr del tiempo.

Y yo no jugaba con los demás niños, y tú querías que tuviera amiguitos; pero madre, yo era una niña rara... Ahora sé cómo sufre una madre, es algo indescriptible, por eso esta carta, por eso vuelvo a ti ahora que ya no estás. Gracias madre.

Tu Carmencita.

POSDATA: De padre hablaré otro día. Todavía recuerdo cómo se puso cuando anuncié mis deseos de boda con el innombrable Arturito. Ya sé que intuisteis el desastre, pero nadie escarmienta en cabeza ajena.

A D. Vicente Blasco Ibáñez,
escritor y director de la editorial Sempere.

Madrid, 4 de junio de 1927.

Hola Vicentito: Espero por la presente que te encuentres bien. ¿Qué tal tiempo hace por Valencia? Muy pronto te haré una visita con María para comernos ese arroz a banda que tan bien te sale. Me prometiste que me enseñarías tus últimas adquisiciones de arte pompeyano, ¿te acuerdas? Ya sabes que daría medio brazo por una buena obra de arte. Me muero por verlas en tu casa de la Malvarrosa. Sé que por ahí anda Sorolla, con el que tengo también algún asuntillo pendiente.

Volviendo al trabajo: me preguntas por mi libro *La mujer moderna*. Creo que podrá aparecer ya para el próximo otoño. Ya sé que piensas que estoy tardando mucho en publicarlo pero es que cada vez salen más asuntos que tratar y esto se está convirtiendo en el cuento de nunca acabar. Estudiar la vida y los derechos de la mujer de hoy no es tarea fácil. Van aportaciones de historia, de costumbres, de sociología, de legislación. La parte más extensa está dedicada al trabajo de la mujer, ya que es indignante muchas de las circunstancias adversas por las que pasamos. Tienes que saber que casi todos los días tengo a la puerta muchas mujeres que vienen a contarme de primera mano sus casos, para que les haga un poco de luz, la verdad es que no doy abasto. Pero el problema de la mujer es un problema de educación, no es otro, Blasquito. Hay que pedir la igualdad para las mujeres no como una galantería que nos concedéis, sino por justicia, no es cuestión de sexo sino de inteligencia, y tú lo sabes muy bien.

Por cierto, que he descubierto que nacimos el mismo año, así que ya te puedes ahorrar las preguntas impertinentes sobre mi edad, ¡ja, ja!, pero la verdad es que yo me conservo mejor que tú...bueno Vicentico, es broma, que estás muy guapo siempre.

Tu "jamona rozagante" que mucho te quiere.

Carmen.

A Dña. María Jesús Rodríguez,
viuda de Galán, presidenta honoraria de la Cruzada
de Mujeres Españolas.

Madrid, 6 de julio de 1931.

Dña. María Jesús: le escribo a altas horas de la noche para recordarle cuáles son las peticiones de la mujer española a la República. Estas peticiones las refrendaremos dentro de tres días en nuestra reunión anual de la Liga Internacional y Cruzada de Mujeres Españolas. Yo las expondré una a una, y la tendré muy presente a usted, madre de nuestro heroico Fermín Galán:

-Abolición de la pena de muerte y de la prostitución reglamentada.

-Igualdad de derechos con el hombre en el Jurado y en el acceso de todas las carreras profesionales.

-Igualdad de derechos civiles.

-Investigación de la paternidad.

-Concesión del voto femenino

Espero que en nuestra próxima reunión venga usted totalmente recuperada de su pasada indisposición.

Suya afectísima

Carmen.

A D. Julio Romero de Torres

Madrid, 8 de enero de 1924.

Estimado amigo D. Julio:

Tengo pendiente hace mucho tiempo una carta de agradecimiento por el cuadro que me ha pintado. Todo un honor compartir motivo de su pincel con mujeres tan ilustres como “La chiquita piconera”, Pastora Imperio o La Argentinita,

Todos los días cuando me levanto hablo con él y le hago mis confidencias de mujer madura. Tengo que decirle que con el tiempo he dejado de reconocerme en esa imagen un tanto sombría que el cuadro despide. Se me ve de perfil y con un libro en la mano, pero creo que lo que me falla es verme tan de negro. Le voy a ser sincera: ahora necesito más luz y claridad, quizás porque cuando vamos envejeciendo solo nos sentimos seguros bajo los espacios diáfanos.

Abusando de su confianza le voy a contar un sueño: me veía junto a otras mujeres a la orilla del mar. Con las faldas arremangadas y sujetas entre las rodillas jugábamos a perseguirnos y acechábamos la llegada de la ola. Cuando la espuma bañaba nuestros pies escapábamos chillando de emoción y júbilo y el cosquilleo del agua fresca invadía nuestra piel con una sensación de placer indescriptible.

Una pregunta D. Julio: ¿Podría pintarme dentro de este sueño? ¿O cree que quizás este encargo le vendría mejor a Sorolla? Se lo digo primero a usted porque no quiero despertar celos profesionales.

Siéntase libre en su respuesta.

Suya afectísima

Carmen.

Mutis. Agitando Mundos

*El olvido tiene la melancolía de las cosas
que mueren.
Nuestros corazones son grandes cementerios
sin epitafios.
Carmen de Burgos (Colombine)*

Si hay un género acomodaticio o provocador ese es el teatro. Hay público para todo tipo de intenciones. Unos gustan de verse retratados en escena. Sonríen, aplauden, lloran... y esas lágrimas de risa o de llanto revelan entrañas, visten de humedad desnudeces. Imposible disimular su calado. Hay otro público que prefiere calentar la butaca cómodamente sentado a temperatura ambiente, sin que el termómetro oscile ni por encima ni por debajo de unos confortables veinticinco grados. El desafío frunce el ceño a sus defectos, pero no se levantan porque han pagado la entrada. Solo de vez en cuando abandonan el asiento con gesto de desagrado en un alarde de “esto es demasiado para mí”.

La mirada de Concha Fernández Soto, conocedora de los gustos burgueses de comienzos del siglo XXI, ha conseguido conquistar a ambos públicos con su carácter inclusivo. Para ello echa mano del sentir femenino, de nuestra doña Carmen de Burgos, complaciente y rebelde a un tiempo, por comunidad de inteligencias. Inteligente Carmen, por conocer los adentros de la mujer de principios del siglo XX y sacarle partido con su pluma desatada. Una mujer como todas las demás tiene que comer, pero ella quiere comer de su oficio. Escribirá la receta de una mágica crema facial con polvos de arroz para eliminar las manchas y hará gimnasia sueca todas las mañanas para gusto de sus

lectores, con ese “es” intencionado de hombres y mujeres, porque también los hombres gustaban de sus consejos. Inteligente Concha, por recrear unos estereotipos imitando conductas con el hilo afinado de la ironía. En el juego de los espejos niña-mujer, Carmencita está ahí para revivir el impulso primero de la infancia que mueve las ganas en la Carmen adulta. Pero no es una presencia complaciente. La niña recuerda a la mujer momentos que podían avergonzarla: “la mujer debe tener cuatro cosas carnosas: las mejillas, los muslos, las nalgas y las pantorrillas”. Mas en su ingenuidad, la niña no sabe que también ellos, los hombres, han debido usar la pluma, y lo siguen haciendo para captar adeptos y ganarse el plato diario. Pienso en Benavente y en Mihura, que hicieron un teatro... llamémosle saciante, y alguien tan en las afueras de los convencionalismos como Francisco Nieva lo ha declarado sin ambages: “He dependido de la caridad pública porque mis mejores obras son las comedias de juventud. Cuando no era conocido y escribía un teatro soñado, muy difícil y muy caro, y como era soñado, naturalmente no pensaba en cuestiones económicas”.

Después de disponer de sí misma y de su casa, seductora y elegante, nuestra doña Carmen de Burgos acudirá al Parlamento, porque ese es su cometido, convencida de que las cosas deben cambiar para las mujeres. El brío de la niña que lleva dentro, más la sabiduría que hereda de sus lecturas, lanzan a la mujer en un periplo por el mundo enganchada siempre a su cuaderno de notas. ¿No merece España una Mary Wollstonecraft, aquella mujer con “porte de diosa, grandes ojos y magnífica cabellera”? Que los hombres la escuchen y la vean *in situ*, que sepan de *La mujer moderna y sus derechos*. Convencer a los reticentes. Plantar la semilla en España para que broten muchos Stuart Mill y señoras Fawcett como ya habían germinado en Inglaterra.

Nada de excusas de que la mujer no está preparada para el voto. El país está lleno de Paquitas, mujeres de plumero y escoba en mano, con ansias de sufragio. Poco importa que Victoria Kent nos quiera convencer de lo contrario con sus argumentos peregrinos por muy buenas intenciones que proclame. Tampoco estaban preparadas para la política las masas obreras cuando se les reconoció el acceso a las urnas, como afirmaba Ramiro Maeztu en una de sus crónicas inglesas. *Colombine* recuerda también que Paul Bourget, católico ferviente, no comprendía por qué no podían votar las mujeres en los países que profesaban el sufragio universal, si los analfabetos, los criados y los aldeanos votaban; los primeros, como los letrados, los segundos, como sus dueños y los últimos, como cualquier burgués. Muchas cabezas de mujer rodaron en Francia segadas por la guillotina y ninguna -le dijo la viuda de Condorcet a Napoleón- tuvo derecho a saber por qué. El glorioso emperador no quería que las mujeres se ocupasen de política. Aún perdura en este mundo de desvarío, embutido de soberbia tecnológica, quienes aplaudirían, entre vítores y carcajadas, nuestra expulsión del paraíso conquistado. No es de extrañar que el personaje de Paquita se desquite con el exabrupto "el mejor, asadito y con limón", refiriéndose a los hombres, pues encaja tan graciosamente en la esencia de *Colombine* como en el decir socarrón actual procedente de labio femenino. *La Divorciadora* bebía de muchas fuentes para querer acabar con los matrimonios sempiternos. Ser la esposa resignada de un hombre adúltero, ser la que todo lo entiende, la sufridora, la víctima, dejó de estar de moda para aquella mujer que tanto sabía de la moda y, por lo mismo, tanto se le adelantó. Nada como la frescura de la lengua del pueblo, con su sutil ironía andaluza, para mostrarlo a las claras. Esa Paquita de Concha no es solo un personaje confeccionado a medida; más bien es de talla única, hecha

con tela mágica donde caben millones de mujeres que, con su voz cantarina y su dulce talante contestatario, rebosaban capacidad para obtener carta de ciudadanía en aquellos años de esta España nuestra.

Pasar revista a la vida de una mujer de la talla de Carmen de Burgos y Seguí, desde las entretelas, es un acto de valentía que Concha afronta con seguridad y sutileza, adquiridas ambas con horas de lecturas desbordadas y dedicación constante en una propiedad distribuida entre lo laboral, lo familiar y lo personal, que parece haber sido patrimonio de las mujeres.

La Carmencita y la Carmen de Concha despiden aroma a mares de libertad. Lo percibe la niña que no sabe ni quiere estar quieta en un sitio; lo hereda la mujer que recorre el planeta porque sabe que el viaje es fuente de conocimiento y vía necesaria para el cambio. Ambas, Carmen y Carmencita, agitaron un trocito de esta gran canica de colores que llamamos mundo en un intento de traspasar el cristal y remover sus entrañas. Ellas son también millones de mujeres que convirtieron el ejercicio de la escritura en un viaje iniciático hacia una forma más humana de pensar y de sentir.

Mariángeles M. Gallegos

Profesora y escritora, noviembre 2019.

Sobre la ilustración de la portada

La obra *Carmencita esperando el amanecer en Recanati* nos presenta a nuestra protagonista, Carmen de Burgos y Seguí, como un ser enigmático. Una mujer versátil que cabalga entre la austeridad de una España conservadora y una revolución cultural, que acoge en las tertulias de su hogar a diversos artistas, desde representantes del último modernismo, como Romero de Torres, hasta vanguardistas, como su pareja Gómez de la Serna. De ahí el estilo de la ilustración: un guiño a este periodo de ebullición español, entre el azar y la libertad creativa, la provocación y el compromiso de avance cívico. La imagen de Carmen se construye entre recuerdos de su niñez -un caballo blanco y el azul del cielo almeriense- y vivencias de juventud -una joven leyendo un periódico y un caballero de espaldas, con sombrero y capa, que bien puede ser ella misma en su dualidad entre un mundo de hombres.

Tras el personaje central, irrumpen las sombras del recuerdo. Estas sombras representan el resto de los personajes de la obra que no son más que la construcción de ella misma. A la izquierda, un maniquí, donde Carmen encarna figuras masculinas relevantes en su vida: Don Augusto Suárez de Figueroa, el director que la llamó *Colombine*, y Ramón Gómez de la Serna, su compañero.

Bajo sus pies, una carta de la reina de corazones.

Pepa Cobo

*Licenciada en Bellas Artes, profesora.
enero, 2020*

APÉNDICE FOTOGRÁFICO

La autoría de las fotos es de Francisco Checa. Fueron realizadas durante la puesta en escena del 28 de marzo de 2019 en el IV Congreso Internacional "Mujeres, Cultura y Sociedad", Repensando el mundo desde una perspectiva feminista.

Fotografía 1



Díálogo secreto de Carmencita

Fotografía 2



Desencuentro entre las Cármenes.

Fotografía 3



Paquita baila tangos "Al gurugu".

Fotografía 4



Paquita lee "El Heraldo de Madrid".

Fotografía 5



Entrada de Carmen..

Fotografía 6



Repasando recuerdos de “El Barranco del lobo”.

Fotografía 7



Recordando a Ramón Gómez de la Serna.

Fotografía 8



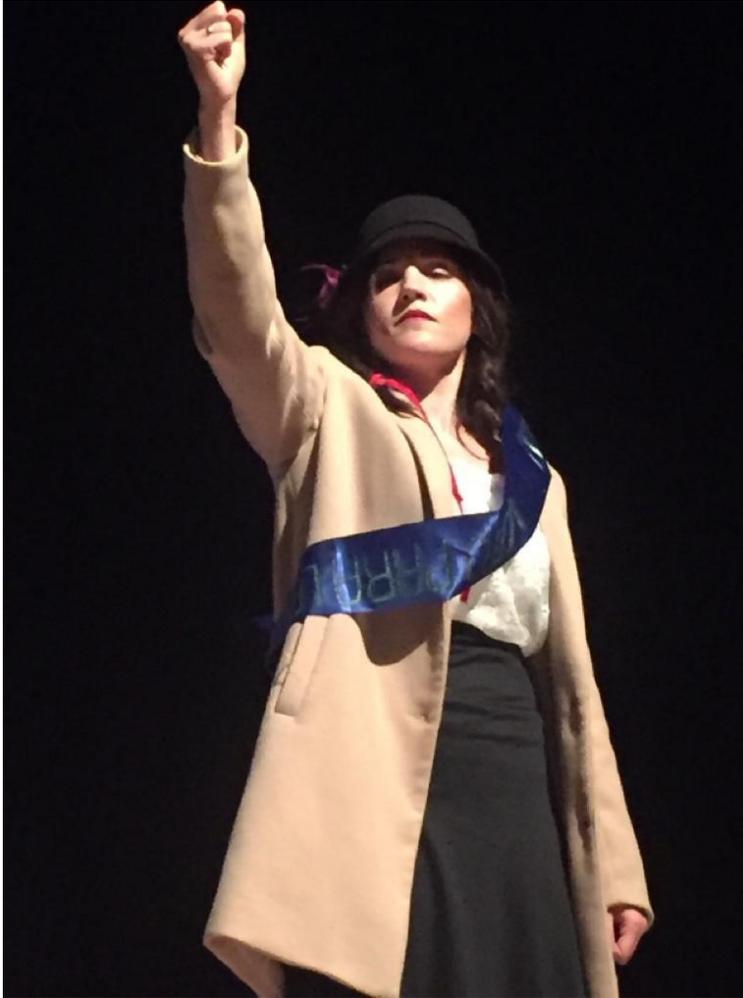
Las Cármenes y las luchas por el sufragio femenino.

Fotografía 9



Siguen las luchas por el sufragio femenino

Fotografía 10



Carmencita, símbolo de la lucha por los derechos de las mujeres.

Fotografía 11



Paquita reflexiona sobre su futuro.

